

Año V

Julio 1908

Núm. 15

# EUZKADI

REVISTA TRIMESTRAL

DE

CIENCIAS ❖ BELLAS ARTES ❖ LETRAS

2.ª ÉPOCA



BILBAO  
Imp., Lib. y Enc. de Eléxputa Hermanos  
1908

De no encontrar al interesado, devuélvase a la Administración, Jardines, 1, 1.º

# EUZKADI

REVISTA TRIMESTRAL DE CIENCIAS, BELLAS ARTES Y LETRAS

## SUSCRIPCIÓN

Bilbao:	un año	4 pesetas.
Península:	íd.	5 íd.
Otros países:	íd.	7 íd.

## NÚMEROS ATRASADOS

Bilbao	1,25 pesetas.
Fuera de Bilbao.	1,50 íd.

El pago se hará por anticipado, en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correo.

## Puntos de suscripción:

D. Manuel de Endaya, Jardines, 1, 1.º  
Imprenta y Librería de Eléxpuru Hermanos, Banco de España, 3  
Imprenta y Librería de D. José de Astuy, Tendería

Dirijase la correspondencia administrativa á DON MANUEL DE ENDAYA, y los originales al Señor Director de la Revista, DON JOSÉ MARÍA DE GOYA, Calle del Perro, número 6, 4.º, Bilbao.

No se publicará ningún trabajo que no lleve la firma de su autor. Podrá éste, sin embargo, indicar un pseudónimo para sus escritos, si no quiere que su nombre aparezca en la Revista.

No se devuelven los originales.

## Sumario.

	Páginas.
Notas sobre el verbo euzkérico, por el Dr. Manuel de Ariandiaga, C. M. F.	251
Ansonekoa, por F. E. de A.	263
Dos puntos etimológicos, por Aiatia eta Agaré'tar Jon-Mikail	277
El Alcalde de Tangora (continuación), por Oscar Rochelt	285
A Zabala eta Otxamiz-Tremoya, por Aiatia eta Agaré'tar Jon Mikail	316
La Pastelería, por Garitz.	327
Kisto'ren Antz-Bidea, por Eleizalde'tar Koldobika	333
Crónica, por L. de Aulestia	335

Año V

Julio 1908

Núm. 15

# EUZKADI

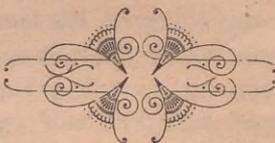
REVISTA TRIMESTRAL

DE

CIENCIAS ✦ BELLAS ARTES ✦ LETRAS

---

2.<sup>a</sup> ÉPOCA



21 OCT. 1980

BILBAO

Imp., Lib. y Enc. de Eléxputu Hermanos

1908

EDWARD

EDWARD

## Notas sobre el verbo euzkérico <sup>(1)</sup>

### III. Verbos conjugables é inconjugables.

7. Hay en Euzkera dos clases de conjugación, una simple, y compuesta ó auxiliada la otra. Aquélla consta de flexiones verbales propias; ésta se forma con la unión del verbo auxiliar en una de sus voces activa ó pasiva al verbo auxiliado.

Ejemplos:

*Dakañt* = yo lo traigo;                      *ekañten dot* = lo suelo traer;  
*Nabil* = yo ando;                              *ibildēn naz* = suelo andar.

8. Todo verbo euzkérico, tanto primitivo como derivado, es susceptible de la conjugación compuesta ó auxiliada. Así decimos: *etxeratu neban* = lo traje á casa; *etxeratu nintxan* = llegué á casa; *efiratuko da* = llegará al pueblo; *ikusi neban* = lo vi.

Mas en el uso actual del lenguaje son muy pocos los verbos que gozan de la conjugación propia. Pueden verse: Azkue, *Euskal-Izkindea*, p. 156; Campión, *Gramát.*, pp. 430 y 656 sgg., 541 y 705 sgg., 608 y 744 y sgg.; Van Eys, *Dict. basque-franç.*, p. 401.

Sin embargo, en el uso antiguo del idioma, y aun en el reciente de algunos escritores, es cierta la conjugación propia de muchos otros verbos. Añibafo conjuga en su *Esku-liburuba* el verbo *erakutsi*: «gogafte irakufijak darakutzun legez» — Bilbon, 1897, p. 15 —, y el Sr. de Azkue nos trae en su Diccionario los verbos siguientes, entre muchos otros.

(1) Véase EUZKADI, 2.<sup>a</sup> serie, n. 11, p. 229 y sig.

*Eman* ó *emon* = dar. «*Emak* athefbe gaiztokiñari; izanen duk salhatari» = acoge al malvado, y te denunciará; «*ezin demayot beñtzeri* = no puedo dárselo á otro (Axular).

*Igoñi* (*bidaldu*) = enviar. «Ezi Jainkoaz zara izoña, ark *nigoña* hunen zuri eñaitera»; porque lleva usted á Dios en su vientre, él me envía á decírselo.

*Etsi* = juzgar; ó *baitetsi* = aprobar, y *donetsi* = tener por santo. «Otsuak zer *baitetsa* (ó *bai tetsa*), otsemak *donetsa*» = lo que el lobo aprueba, la loba sanciona.

El Sr. de Arana y Goiri ha enseñado muchas veces y practicado no menos que debemos resucitar de nuevo la conjugación propia de los verbos que la admitan. Citaré sólo tres ejemplos que recuerdo.

En el himno á San Ignacio dice:

«Bijotza — bizkañak — jayotzetik — *damotzu*.»

En la corrección del Pater Noster:

«Zeure ala *belkigu*»; «*emoguzu* gauf be geuretzako ogi egunokua»; «asketsi geuri geure zoña, geuk be geure zoñdunena *daske-tsegun lez*».

De idéntico pensar es el distinguido escritor y euzkerólogo Eleizalde eta B.'taf Koldobika, según es de ver en EUKADI, serie 2.<sup>a</sup>, nn. 2 y 4, *Acerca de una supuesta irregularidad en el verbo euzkérico*, y nn. 7 y 8, *Nuevos apuntes acerca de las conjugaciones euzkéricas simples*; y de otros euzkeldunes he visto casos frecuentes de conjugación sencilla en verbos no usados hasta hoy en tal forma: no los cito por no hacerme difuso.

Resulta de lo alegado que está en la conciencia de todo euzkeldún que conozca siquiera medianamente su lengua y el genio de la misma, que deben resucitarse y desarrollarse cuanto más se pueda las formas simples de la conjugación.

9. Confirmemos este común sentir con una observación. Fijémonos en los verbos *irakutsi* ó *erakutsi* = mostrar, é *irakatsi* = enseñar. En el ejemplo que arriba he citado de Añibaño aparece conjugado el primero. Sin embargo, su uso es muy insignificante ó nulo en el vulgo, y el de *irakatsi* enteramente nulo, que yo sepa.

Con todo, el sufijo *tsi* de que ambos constan y de que carecen sus simples *ikusi* é *ikasi*, demuestra palpablemente que son dos verbos que antes se conjugaron por sí propios. (Véase el n. 6). El sufijo *tsi* es el elemento activo que se une á la persona que ha de recibir la utilidad de la acción verbal. De *diñot* = yo lo digo, for-

mamos *dĩnotzut* = se lo digo á usted, *dĩnotsat* = se lo digo á él; de *dĩno* = él lo dice, *dĩnost* = me lo dice á mí, *dĩnosk* = te lo dice á ti, varón, *dĩnosna* = te lo dice á ti, mujer, *dĩnotso* ó *dĩnotsa* = se lo dice á él, etc. *Tsi* en *erakutsi* é *irakatsi* es un elemento enteramente inútil, de no conjugarse dichos verbos sino con el auxiliar; tiene acabada explicación si se conjugan, pues las ideas de *mostrar* y *enseñar* siempre envuelven la de persona á quien se muestra ó enseña: ello nos explica, pues, el por qué de *tsi* en los compuestos *erakutsi* é *irakatsi*.

10. Ocurre preguntar: ¿la conjugación simple es extendible á todos los verbos? Y si á todos no puede extenderse, ¿á cuáles sí?

Juzgo que la respuesta á estas dos preguntas es difícil; sobre manera arriesgada, además, en quien tan exiguos conocimientos del Euzkera posee como quien esto escribe. Creo, sin embargo, que para bien del Euzkera, es necesario abordar la cuestión y resolverla. Expondré sencillamente mi parecer, sometiéndolo enteramente al juicio de los euzkeldunes y más que todo al sentido de la lengua y de su genio que éstos tienen. Creo que asuntos semejantes más los define la intuición del sentido común que la discusión de los tratadistas.

Si nos fijamos en la idea diversa que expresan las flexiones simples y las compuestas, parece no haber razón para conceder á unos verbos la conjugación sencilla y negársela á otros. Las formas *dakañt* y *ekañten dot* no son sinónimas: aquélla es actual, ésta habitual. Diremos: «¿zer *dakañk* etxera?—Oñua *yakañt* etxera». Pero no: ¿zer *ekañten dok* etxera?—Oñua *ekañten yuat* etxera.—Mas, si hablamos de un ausente que en ciertas épocas vuelve á casa, por ejemplo, cada mes ó año, no le preguntaremos: «etxera atoñenian, ¿zer *dakañk*?»; sino: «etxera *etoñten azanian* ¿zer *ekañten dok*?»; y responderemos: «etxera *etoñten nazanian*, oñua *ekañten yuat*».

Ahora bien; esta diversidad de ideas es común á todos los verbos, y su distinta expresión uná belleza y perfección incomparable de la lengua. También como *etxera dakañt* ó *etxera ekañten dot*: puedo expresar la misma idea con el derivado *etxeratu*—ir á casa ó llevar á casa, diciendo *detxerat* ó *etxeratzen dot*.

Sin embargo, pues en la conjugación no podemos dar al olvido el elemento material de la misma, conviene fijarnos también en si la forma exterior de los verbos consiente la conjugación simple.

Las flexiones simples se forman por la agregación de los sufi-

jos, prefijos é infijos al núcleo verbal: *da-kaŕ-t*=yo lo traigo; *na-bil*=yo ando. El núcleo verbal se forma á su vez quitando al adjetivo verbal, llámese verbo, su primera y última letras, ó también su primera y última sílabas: de *jakin*, *ki*, *da-ki-t*=yo lo sé; de *ixan* (*izan*), *za*, *naza* (hoy *naiŕ* y *naz*)=yo lo soy (forma intransitiva; *da-za-t*) (hoy *daut*, *dot*, *det*, *dut*)=yo lo he (forma transitiva).

A la mayoría de los verbos puede aplicárseles esta regla. Y así de *ikasi* podemos formar *kas*, y de *kas da-kas-t*, etc.,=yo aprendo, etc.; de *ikuŕi*=significar, *kuŕ*, *da-kuŕ-t*=yo lo significo; de *ira-kuŕi*=leer, *rakuŕ*, *da-rakuŕ-t*=yo lo leo; de *erori* (guip.)=caer, *ror*, *na-ror*; de *egatzi*, *gatz*, *dagatz*, etc., etc.

Hay verbos á los cuales no parece puede aplicarse esta ley, ó porque originaría confusión, ó porque no lo permite su ser. Los verbos *igon*=subir y *egon*=estarse tendrían un mismo núcleo *go*, y aún también el activo *yagon*=guardar; de donde *dago*=será á la vez *él sube* ó *asciende*, *él se está*, *él guarda*; *iratzi*=filtrar y *eratzi*=derribar, se hallarían en idéntico caso, y así de muchos otros (1). Los monosílabos *il* y *jo* quedarían con esa regla aniquilados; y también perderían su ser los que empiezan por consonante, como *bota*=echar, *busti*=mojar, *bete*=llenar.

Creo que respecto de unos y otros debemos procurar salvar esta pequeña dificultad antes que negar al idioma sus flexiones simples. Ello es fácil conservando á los monosílabos todo su ser, mientras no se trate de sílabas trigámicas, como *gan* (juan, jun)=ir, como el señor de Arana-Goiri conservó *el* en *belkigu*, y á las que comienzan por consonante, guardarles por núcleo cuanto sea orgánico. Ejemplos:

De <i>il</i>	<i>nil</i> =yo me muero	<i>neniĭan</i> =yo me moría
	<i>il</i> =tú.....	<i>eniĭan</i> =tú.....
	<i>dil</i> =él	<i>eĭan</i> ( <i>eilan</i> )=él se.....
	<i>giltz</i> =nosotros	<i>geniltzan</i> =nosotros.....
	<i>ziltz</i> =V. se.....	<i>zeniltzan</i> =V. se.....
	<i>ziltze</i> =vosotros	<i>zeniltzen</i> =vosotros....
	<i>diltz</i> =ellos	<i>eiltzan</i> =ellos....

(1) El señor de Arana y Goiri prefería la forma *jabon*, usual en Deusto y otras partes, á la de *yagon*, para evitar la confusión de *dago*=*él guarda* y *él está*. También pudiera preferirse la forma *igan* (vascona) á la de *igon*, para diferenciar los verbos *subir* y *estarse*, de no confundirnos con *gan* (pirenaico)=ir.

De <i>jo</i> ,	<i>dajot</i> — <i>dajodaz</i> ,	<i>nejon</i> — <i>nejozan</i> , etc.
<i>bota</i> ,	<i>dabotat</i> — <i>dabotadaz</i> ;	<i>nebotan</i> — <i>nebotazan</i> , etc.
<i>busti</i> ,	<i>dabustat</i> — <i>dabustadaz</i> ;	<i>nebustan</i> — <i>nebustazan</i> , etc.

#### IV. El adjetivo verbal y sus sufijos.

11. El llamado verbo en otros idiomas es en Euzkera con más propiedad adjetivo verbal, y corresponde en su significación al participio pasado de las lenguas neolatinas. Así, *imiñi*, mejor que *poner*, es *puesto*; *etoñi*—venido; *eldu*—llegado, etc.

Ya he idicado antes, EUZKADI, n. 11, p. 232, que los verbos euzkéricos terminan en *a*, *o*, *e*, *u*, *i*, *n*, *l*, además de los que se derivan en *au* y *tu*.

12. El verbo euzkérico, ó el adjetivo verbal, recibe muchos sufijos, con los cuales, ora se junta al auxiliar para formar la conjugación compuesta, ora queda solo, teniendo entonces funciones análogas á los tiempos que al modo infinitivo señalan los gramáticos de lenguas extrañas. Sin intentar agotar todos los sufijos del verbo euzkérico ni buscar en su exposición una exactitud rigurosa en la teórica gramatical, pues no es este el objeto de mis notas, expondré aquí los principales sufijos, procurando determinar lo mejor que sepa y pueda las funciones de los mismos.

13. *lk*, (*ikan*, vascón). Suele usarse en funciones de *modo* y de *tiempo*, equivaliendo á los gerundios de presente y de pretérito de la lengua castellana. Expondré algunos ejemplos.

Eta umia azten eta sendotuten zan: eta jakimenez *beterik* eguan, eta Jaungoikua'ren eskaña beragan zan: y el niño crecía y se robustecía; y estaba *lleno* de sabiduría, y moraba en él la gracia de Dios. (A.-G.).

Berak amabi urte euzala, Hierosolym'era, irurak igon ziran, jayegunetako ekanduba zan lez, ta egunok azkenduta, biguñtzen ziranian, Josu Hierosolym'an geratu zan bere gurasuak jakin *barik*. Eurok, bera bide-lagunakin ebilela uste-*ixanik*, egun batedun bide-egin eben, eta euren senide ta ezagunen aítian bilatuten eben; eta ez idorata, bañiro Hierosolym'era egin eben, euren semia bilatuteko: teniendo él doce años, subieron los tres á Jerusalén,

según la costumbre de las fiestas; y cuando volvían pasados estos días, Jesús se quedó en Jerusalén *sin saberlo (no sabiéndolo)* sus padres. Estos, *jugando* que el niño andaba con los compañeros de camino, hicieron camino de un día y lo buscaban entre sus parientes y conocidos; y no habiéndolo hallado, de nuevo emprendieron la vuelta á Jerusalén para buscar á su hijo. (A.-G.).

Baña bijaramon, zeru edo ortzia naikua argitu zala, erabili ziran gudarozte bijak eta, izkilubak *ataraurik*, alkañi jañkiten asi ziran: pero al día siguiente, después de haberse alumbrado ya bastante el cielo, se movieron ambos ejércitos, y *sacando* las armas, comenzaron á acometerse unos á otros. (A.-G.).

Es casi idéntica en ocasiones la función del sufijo *ta*; sin embargo, hay diferencia entre el uno y el otro, y creo que *ik* representa siempre *acción*, mientras que *ta* representa ó pasión ó tiempo pasado. Así, en el último ejemplo: *izkilubak ataurik* es: *sacando las armas*, forma activa; si fuese en forma pasiva y pasada: *sacadas las armas*, diríamos: *izkilubak atarauta*.

14. **Ta.** Es la conjunción *eta* ó *ta*=y, que expresa tiempo pasado ó idea pasiva del verbo, como acabamos de indicar. Véanse en los ejemplos transcritos, *egunok azkenduta*=pasados estos días, *eta ez idorota*=y no habiendo sido hallado, y los siguientes.

Eta asteko lenengo egunan Miren matalaña etofi zan goxetik ilobira; eta onen aña *kenduta* ikusi eban: y el primer día de la semana María Magdalena llegó muy de mañana al sepulcro; y vió *quitada* su piedra (A.-G.).

Eta uzkuftu zala, *imiñita* ikusi euzan eunak, baña etzan bañura saftu. Eldu zan, ba, Kepa edo Simon, berari jañatuten entofana, ta ilobijan saftu zan; eta *imiñita* ikusi euzan eunak; eta buru-euna, ez bestiakin *ezañita*, beste leku batan *tolestuta* baño: y habiéndose inclinado, vió puestos los lienzos; pero no entró adentro. Llegó, pues, Pedro ó Simón, que venía en pos de él, y entró en el sepulcro; y vió puestos los lienzos, y el sudario de la cabeza, no colocado con los demás, sino doblado en lugar aparte.

Eta gotzon bi ikusi euzan, bijak zuriz *jantzita*, bata buru-aldian *jañita* ta bestia oin-aldian, Josu'ren gorputza ezafi zan lekuban: y vió dos ángeles, ambos *vestidos* de blanco, el uno *colocado* á la cabecera y el otro junto á los pies, en el lugar donde fué puesto el cuerpo de Jesús. (A.-G.)

Muchos en este último ejemplo hubiesen dicho: *zuriz jautzirik*.

Arana y Goiri, que conocía que *ik* representa *acción, ta pasión*, dijo *jantzila*.

Hemos aducido tantos ejemplos para que nuestros lectores comparen un sufijo con otro y aprecien la diferencia que entre ambos existe y no los confundan lastimosamente con grave daño del Euzkera, como tantos lo verifican.

15. El sufijo *ta* puede ir acompañado de algunas otras voces, como *lasteñ* = en seguida, *gero* = después, *ondoren* = á continuación, *batera* = inmediatamente, etc., según es de ver por el ejemplo siguiente: «Eta nik, esan eban Israel'go Irakastiak, Jesus'ek, nik, kurutzeratu nayenian, gustija neugana ekañiko dot. *Kurutzeratuta gero; ilñda lasteñ, zeruko Añaren eskubetan neure bixija itxila batera, gustijak Jaungoiko'tzat ezantuko nabe*»: y yo, dijo el Maestro de Israel, Jesús, yo, cuando me crucifiquen, todo lo atraeré hacia mí. Después de crucificado, luego de muerto, una vez haya puesto mi vida en las manos del Padre celestial, todos me reconocerán por Dios. (Azkue).

16. **Tako.** Es el sufijo anterior *ta* más el sufijo de posesión local *ko*: expresa tiempo pasado, equivaliendo al participio pasado de las lenguas extrañas. Ejemplos:

*Añututako* jauna (urte ofetatik añaian gustijak letxe) Bizkaya'r en jauna baño geyago España'ren eñege edo bakalduna zan: el citado señor (como todos desde ese año en adelante) más que señor de Bizkaya era Rey de España. (A.-G.)

Atzeneko añatsian soldadu gizatxañak erakutsi ziyotenarekin eta goizian *emandako* azotiakin odol-ustu zutelako, pausu asko eman baño lenago ayekatuta, kurutzearen pisubak luñera ezañi zuben: porque lo desangraron con lo que la tarde anterior los malvados soldados le habían mostrado y con los azotes dados por la mañana, fatigado antes de dar muchos pasos, el peso de la luz le hizo caer (lo aplicó al suelo). (Lafñizabal).

Idéntica función desempeña el sufijo *IKO*, que parece deberse descomponer en *ik + ko*.

17. **Takuan.** Es el anterior con el sufijo locativo *an*. Tiene significación análoga; pero mientras *tako* se emplea en función adjetival pasiva, *takuan* tiene función verbal activa. Ejemplo:

Añak *ikusitakuan* il zan semia: murió el hijo luego que lo vió el padre.

18. **Az.** Es el sufijo determinante de nombres *a*, llamado ar-

título, con el casual de instrumento y de materia *z*. Se abusa mucho de él, pues se le dan funciones análogas á las de *ik* y *ta*, que en manera alguna le corresponden. Ejemplo:

Buǎdija bete ta *geǎtubaz* azkendu eban bere aflua: terminó su trabajo con llenar y disponer el carro.

19. **Ezkeró.** Parece ser más propiamente *zkeró*, que se descompone en el sufijo modal *z* y el adverbio *geró* = después. Muchos le dan función de representar tiempo pasado; pero creo que en esa función se diría mejor *ta geró* reservando á *ezkeró* ó *zkeró* la función condicional aplicada al verbo en infinitivo.

Ejemplo con función de tiempo pasado. —

Eta au esan ezkeró, atzera begira egin eban, eta Josu ikusi eban, baña Josu zala jakin ezik: y luego de dicho esto, miró atrás, y vió á Jesús, pero sin saber que era Jesús. (A.-G.). Preferiría que hubiese dicho; *eta au esanda geró*, y mejor, au esan-ondoren.

Ejemplo de la segunda función:

Kerixa-azufak saman

*Egiñezkeró* txut;

¿Nok atera, laguna?

¿Egingo aldaustak euk?

Si los huesos de cerezas—Han pasado la garganta;  
¿Quién sacármelos podrá?—¿Harásmelo tal vez tú? (Azkue).

El señor de Azkue da en su gramática la función negativa condicional al vocablo *ezik* (*ez* + *ik*): ejemplo: «zijuǎzat euki daigun: zeruko argijak, berarizko ixaf batek igiǎu *ixan ezik*, ezeben eǎgegiak euren eǎija itxiko: tengámoslo por seguro: si la luz del cielo, si una estrella particular no los hubiera movido, los reyes no hubieran dejado su país. (Azkue).—Creo que esa función no es legítima; porque no corresponde á la negación *ez*, ni al sufijo *ik*, de que antes hemos declarado; luego tampoco al compuesto *ezik*. Por esto, me acuesto en la cuestión presente del lado del Sr. de Arana y Goiri, que no atribuye á la voz *ezik* otra función diversa que la correspondiente á sus simples, según es de ver por el ejemplo que arriba hemos copiado y que volvemos á repetir: «eta au esan ezkeró, atzera begira egin eban, eta Josu ikusi eban, baña Josu zala *jakin ezik* = pero no sabiendo, ó sin saber que era Jesús.

Como si dijese, y estaría bien dicho, *ez jakiñik*: lo cual prueba que no corresponde á la voz *ezik* la función condicional negativa atribuída. En su lugar, puede y parece que debe decirse *ez... ezker*. Y así en el ejemplo propuesto: *igiltu ez ixan-ezker*.

20. Hay además algunas palabras que, añadidas al verbo, tienen funciones semejantes á las de los sufijos; pero que creo no son sufijos; por lo cual deben separarse del verbo, ó cuando más, unir las á él con un guión. Son principalmente: *arte* = hasta; *orduko* = para cuando; *ondoren* = luego de; *aren* = á pesar de; *ikusi-arte* = hasta ver; *ikusi-orduko* = para cuando vea....; *ikusi-ondoren* = luego de visto; *ikusi-aren* = á pesar de ver ó haber visto.

N. b. Nada decimos aquí de los sufijos *ko* y *en* propios de los tiempos futuros en la conjugación.

## V. El nombre verbal.

21. El adjetivo verbal se convierte en nombre sustantivo por medio de los sufijos *te* y *tze*.

Parece que la forma más usual en el dialecto vizcaíno es *te*, aunque también se emplea *tze*: al contrario, los dialectos vascón y pirenaico dan la preferencia á la forma *tze* sobre la *te*. Con todo, ambas formas son usuales en todo el Euzkera.

Los verbos terminados en *a*, *e*, *o* y *l* reciben los sufijos *te* y *tze* sin alterar su terminación; los terminados en *i*, *n* y *tu* pueden perder estas letras ó conservarlas. Ejemplos:

De <i>istenda</i> =reventar,	<i>istendate</i>	ó <i>istendatze</i> ;
» <i>bota</i> =echar,	<i>botate</i>	ó <i>botatze</i> ;
» <i>eñe</i> =quemar,	<i>eñete</i>	ó <i>eñetze</i> ;
» <i>eñne</i> =brotar,	<i>eñnete</i>	ó <i>eñnetze</i> ;
» <i>bete</i> =llenar,	<i>betete</i>	ó <i>betetze</i> ;
» <i>idoro</i> =hallar,	<i>idorote</i>	ó <i>idorotze</i> ;
» <i>jazo</i> =acontecer,	<i>jazote</i>	ó <i>jazotze</i> ;
» <i>il</i> =morir,	<i>ilde</i> (ilte)	ó <i>iltze</i> ;
» <i>egon</i> =estar,	<i>egote egonde</i>	ó <i>egotze</i> — <i>egontze</i> ;

De	<i>igon</i> —ascender, <i>igote</i> — <i>igonde</i>	ó	<i>igotze</i> — <i>igontze</i> ;
»	<i>ekañi</i> —traer, <i>ekañte</i> — <i>ekañile</i>	ó	<i>ekañtze</i> — <i>ekañitxe</i> ;
»	<i>erori</i> (v.)—caer, <i>erorte</i> — <i>erorite</i>	ó	<i>erortze</i> — <i>eroritze</i> (1);
»	<i>edeftu</i> —hermosear, <i>edefte</i> — <i>edeftute</i>	ó	<i>edeftze</i> — <i>edeftutze</i> ;
»	<i>amildu</i> —precipitar, <i>amilde</i> — <i>amildute</i>	ó	<i>amiltze</i> — <i>amildutze</i> ;

Sin embargo, sobre los terminados en *i*, *n* y *tu* conviene advertir:

1.º Que no debe suprimirse la *i* terminal, si de ello hubiera de originarse algún fenómeno ineufónico. Ejemplos: de *ebagi*—cortar, no puede formarse *ebagte* ni *ebakte*, sino *ebagile* ó *ebagitxe*; de *euki*, *eukile* ó *eukitxe*, y no *eukte* ó *euktze*; de *itxi*—dejar, *itxile*, *itxitxe* ó *izte*, y no *ilxte*; de *utzi*, *uzte* y no *utzte* ni *ustze*, etc.

2.º Como consecuencia de ello, los verbos terminados en *txi*, *tsi*, *tzi*, deben nominalizarse de una de estas dos maneras: a) ó sin suprimir la *i*: *itxile* ó *itxitxe*; *utzile* ó *utzitze*; *irakatsile* ó *irakatsitxe*; ó g), siendo más correcto suprimir la *i* y debiéndose guardar las leyes esenciales: a') una consonante explosiva no precede á otra consonante; g') dos consonantes deslizadas no pueden agregarse inmediatamente y k') las consonantes *ts* y *tz* son ilegítimas detrás de toda consonante que no sea *n l r* ó *r* (V. Arana-Goiri; *Leccion. de ort. del eusk. b.*, pp. 107, 105, 121), 1.º los choques *txi+te*, *tsi+te*, *tzi+te* habrán de resultarnos *zte* ó *ste*, según la etimología, *ste* y *zte*; 2.º será ilegítima la forma *tze* en los verbos terminados en *tsi* y *tzi*; 3.º igualmente lo será en los terminados en *si* ó *zi*. Sería bueno que muchos escritores, sobre todo del dialecto vascón, se fijasen en estas leyes y tuviesen más respeto á la fonética euzkérica, parte esencial de la gramática de nuestro maltrecho Euzkera.

3.º No nos atrevemos á reprobar como antivizcaínas las formas en que se conserva la *i*; por ejemplo: *jausile*, *ekañitxe*; pero tampoco las tenemos por tan correctas. Respecto de los verbos terminados en *n* dudamos que haya un solo caso en el vulgo en que ésta no se elida. En los dialectos vascón y pirenaico se hallan más recibidas las formas inalteradas.

4.º Los verbos derivados en *tu* parece reciben en vizcaíno el sufijo *te* sin suprimir aquel sufijo verbizador con preferencia á las

(1) No guardo la ley fonética de *i+tze=itxe*, como en *ekañitxe*, por no ser *erori* verbo vizcaíno.

formas en que se suprime; por ejemplo; de *eder̄tu*, *eder̄tute* preferentemente á *eder̄te*; de *aztu* ó *aiztu*, *astute* ó *aiztute* con preferencia á *azte* ó *aizte*. Al contrario, la forma *tze* apenas se usa de no suprimirse el sufijo derivativo de verbos *tu*; y así *eder̄tze* con preferencia á *eder̄tutze*; *eltze* á *eldutze*. Creo que también en los dialectos vascón y pirenaico son más correctas las formas contraídas; con todo, parece se hallan en bastante uso las no contraídas.

23. En lugar del sufijo *te* es muy usual en el dialecto vizcaíno la forma *ta*, que puede decirse única en los verbos terminados en *a* y *au* y muy usual en los que acaban por *e*. Para ello la *a* final de los primeros ó el diptongo *au* de los segundos son sustituidos por la vocal *e*. Así, de *istenda* = reventar, *istendeta*; de *bota* = arrojar, *boteta*; de *untzau* = clavar, *untzeta*; de *guzur̄tau* = desmentir, *guzur̄teta*.

De ello aparece que los terminados en *e* no sufren alteración ninguna: de *er̄e* = quemar, *er̄eta*; de *bete* = llenar, *beteta*, etc.

No sé si con rigor nos hallamos con un fenómeno transpositivo, *eta* en vez de *ate*, ó con una forma distinta del sufijo nominal de los verbos. Lo que sí creo es que no pueden reprenderse de incorrectas las formas en *te*, como *betete*, *istendate*, *guzur̄tate*, etc.; porque el caso es idéntico á los verbos terminados en *an*, como *ixan*, *etzan*, en los cuales es correcta la forma *te*—*ixate* *etzate*, no usándose, que yo sepa, la forma *ta*—*ixeta*, *etzeta*, etc.

24. El adjetivo verbal sustantivado en las formas que acabamos de expresar puede recibir todos los sufijos casuales propios de los nombres sustantivos, y algún otro particular. Son los principales.

*N*, locativo: de *ekañi*, *ekañten*, *ekañtzen*; de *bota*, *botetan*.

*Ko*, final: de *ekañi*, *ekañteko*, *ekañtzeke*; de *untzau*, *untzetako*.

*Kotz*, condicional: de *ikusi*, *ikustekotz*.

*Koan* (*kuan*), condicional: de *euki*, *eukiñekuan*.

*Kotan*, condicional: de *itxi*, *iztekotan*.

*Ra*, directivo: de *sar̄tu*, *sar̄tutera*.

*Z*, medial: de *egosi*, *egostez*.

DR. MANUEL DE ARIANDIAGA, C. M. F.



## ANSONEKOA

La raza vasca, cuyos característicos rasgos fisiológicos acusan diferenciaciones tan notables con las demás que en el mundo existen, distínguese en tal concepto entre todas ellas por la configuración especial del cráneo y de la barbilla, nuca y espalda, por lo cual, é ignorándose aún su parentesco étnico con las otras, eminentes antropólogos la han calificado con frase gráfica de «raza isla» y también de «raza misteriosa». Une á aquellas cualidades la de corpulencia poco común, agilidad y brío extraordinarios y destreza y fuerza muscular muy extremadas. En corroboración de este aserto y para probar por la inducción lo que el hombre-tipo de esta raza es capaz de hacer, bastará mencionar el hecho de que la mujer vasca ejercita entre sus comunes faenas agrícolas el trabajo del *layado*, labor durísima que á varones de otras muchas familias etnológicas les fuera arduo y penoso ejecutar por el esfuerzo muscular que supone; no obstante lo cual es desdeñado por el *mutil* y el *gizon*, quienes lo consideran como trabajo propio del sexo débil.

No es de extrañar, pues, que en el país hayan nacido *forzudos* de renombre....

Hacia ya tiempo tuve vaga noticia de uno de ellos; sabía que en el pasado siglo XIX hubo en Bizkaya uno célebre, cuyo nombre repetían con orgullo los naturales de la comarca en donde aquél nació; sabía que en la ría de Bilbao existió hasta hace muy pocos años un vapor-remolcador que á su esbeltez unía gran fuerza para el objeto á que lo destinaba su dueño y que á proa llevaba el mismo nombre por el que era conocido el hércules vasco,

apelativo dado á la embarcación sin duda alguna en memoria de hechos dignos de remembranza; sabía, en resumen, que *Ansoenekoa* dejó asombrados á cuantos le conocieron....

En una hermosa tarde estival, cuando el sol aún no había llegado á su ocaso, salí en compañía de íntimo amigo á recorrer las pintorescas encañadas y enhiestas cumbres de nuestras verdes montañas, paseos que tan higiénicos y saludables son para la salud del alma como para la del cuerpo, pues contemplando la naturaleza, admirable obra de Dios, parece que se siente el amor místico hacia El, mucho más grande, más intenso; como también el humano amor á la Patria, porque esas mismas montañas son muchos testigos de la pasada libertad, y en ellas parece que aún se respira algo de aquel ambiente de independencia de que en otros tiempos más dichosos se hallaban saturadas; los pulmones aspiran el aire puro del campo y el movimiento contribuye eficazmente al desarrollo de los músculos atrofiados por la vida sedentaria de las poblaciones.

Quando divisábamos allá á lo lejos las empinadas cumbres del peñascal de Santa Marina de Urduliz y percibíamos débiles ecos del *txistu* y tamboril, cuyos lejanos tañidos eran de poético efecto, el sol ocultábase entre densos nubarrones; nosotros, sin embargo, proseguimos nuestro camino atravesando veredas y sembrados hasta llegar á los primeros caseríos de Urduliz; pero ya el cielo quedó encapotado, y sin ser metereólogo podía asegurarse que no tardaría en caer tremendo aguacero, como efectivamente aconteció.

En uno de los próximos caseríos encontramos refugio, y ya dentro del clásico portalón volvimos á admirar la obra de *Jaurri-Goikua*, no en su armónica tranquilidad, sino desencadenándose en furioso temporal; que en todas formas es asombroso el contemplar tales grandiosidades y observar la gradación efectista de la plácida quietud que poco antes disfrutamos, con la fecundante lluvia que momentos después beneficiaba las doradas mieses.

Al saber que el caserío en que hallamos refugio para guarecernos del agua, llamábase *Ansoenekoa* (según antiguas escrituras) ó *Ansoenekoa*, como por la generalidad es conocido, no quise des-

perdiciar la oportunidad que se me presentaba, y acordándome del nombre de aquel famoso Sansón de nuestras montañas, ya sea por curiosidad ó por mi inveterado afán de investigación sobre todo cuanto á la Patria referirse pueda (afán que no halla trivial nada de lo que á esta última concierne) pregunté si por acaso en aquella vivienda había nacido el célebre *Ansonekoa*, aquel que fué el asombro de sus coetáneos por sus hercúleas fuerzas....

Una anciana huesuda, encorvada por la pesadumbre de los años, cuyo rostro de dulce expresión y ojos vivarachos, ostentaba rasgos fisonómicos de la mayor pureza étnica, hallábase en el umbral de la puerta que comunicaba con la cocina de aquel hogar; y habiendo entendido mi pregunta, aunque pronto manifestó conocer poquísimo el *erdera* (que en absoluto lo ignorara fuera aún mejor para la Patria), contestóme al punto, prorrumpiendo con viveza y cascajosa voz en estas textuales palabras:

—«Mi marido ser ese. Pero no ser como chimiño ó así, sino »como demás hombres; un mucho trope ya era, pero fiño y hon»drao tamién sí. Por esta puerta pues, pasar no hasía; grande, »grande era y... por esa otra haser».

La puerta á que aludía la simpática anciana y por la que no solía pasar *Ansonekoa*, debido á su gran corpulencia, era de proporciones regulares y la misma en cuyo umbral hemos dicho que aquélla se hallaba. La otra, por la que hacía su entrada á la casa el insigne atleta, era la que se abría al frente, con dimensiones algo mayores que la primera.

La anciana, que á pesar de sus ochenta y ocho años tenía aspecto de gozar de buena salud, conservando clara su inteligencia, se sirvió darme algunos detalles que, ampliados más tarde con otros que me proporcionaron diferentes y verídicas personas, testigos presenciales de los sucesos que referían, me sirvieron para formar un á modo de bosquejo biográfico de *Ansonekoa*, bosquejo cuyas principales páginas, auténticos datos y comprobados episodios expongo á continuación.

La anciana vasca que hemos dicho se hallaba á nuestra llegada en el portalón del caserío, vive aún y se llama Manuela de Iturriaga; contrajo matrimonio con el famoso forzudo en Gatika, el jueves 1.º de Septiembre de 1848, quedando viuda en 1856 y con

cuatro hijos llamados Juan Bautista (1), de 7 años; Amalia, de 5; María Catalina, de 3, y Ramón, de un año. De todos ellos tan sólo Amalia vive en el caserío con su madre. Los demás hijos fallecieron, excepto don Juan Bautista, respetable caballero que, como se ha dicho, reside en Plencia. Amalia está casada con un labrador, y, en ciertas épocas del año, pasa temporadas en el hogar de éste, el hijo de ambos, nieto de *Ansonekoa*, émulo también de su abuelo, á juzgar por su robustez y fuerzas.

Llamábase el ínclito *Ansonekoa*, Juan Bautista de Artaza, nacido el 11 de Julio de 1811 á las tres de la tarde, y bautizado en el mismo día por el presbítero don Josef de Olabarrieta y Ansoleaga, en la Iglesia de Santa María de Urduliz; hijo de Mariano de Artaza y María Antonia de Larrazabal, siendo sus abuelos paternos Juan Bautista de Artaza y María Antonia de Libarona y los maternos Manuel de Larrazabal y Josefa de Achútegui, todos de Urduliz, excepto la abuela paterna, que era de Gatika. Los padrinos del bautizo fueron Juan Bautista de Libarona y Dominga de Bareño, ambos de Urduliz.

Aun á trueque de ser prolijo, he querido apuntar estos detalles como datos auténticos del forzado personaje y para que por sus apellidos se vea asimismo su entera ascendencia vasca.

(1) Actualmente reside en Plencia, marino retirado; es, según expresión de su madre, *igual igual* á su padre, de quien heredó su corpulencia y, hasta cierto punto, su fortaleza muscular. En una visita que tuve el gusto de hacerle en Plencia, aseguróme que los lances y aventuras que de su padre se cuentan son enteramente auténticos, aparte de lo que añade siempre á tales hazañas la fantasía popular. Que él mismo había presenciado algunos (aunque era entonces muy niño) como *el del toro*, *lo del arado* y alguno más. Unicamente me hizo notar que el suceso acaecido en Liverpool, que es atribuído á su padre, es él quien lo llevó á cabo. Hé aquí el hecho:

La barca *Joaquina* estaba atracada á uno de los muelles de Liverpool y preparada para la descarga. Al poco tiempo de comenzar las faenas, hubo necesidad de correr la planchada seis ú ocho pies para la parte de proa, no pudiendo conseguirlo más de una docena de obreros. Al observar esto el hijo de *Ansonekoa*, perteneciente á la tripulación de la barca, se encargó *sólo él* del extremo de la planchada por la parte de á bordo, sosteniendo solamente algunos obreros ingleses por el otro extremo de la parte de tierra. Puso en sus espaldas parte de la planchada y la hizo correr, casi sin esfuerzo, lo que se precisaba. Los ingleses quedaron atónitos al ver la hazaña del vasco, á quien agasajaron como se merecía, invitándole á sendos tragos de cerveza.

Esta es una de las muchas heroicidades del descendiente del gran forzado, y de quien también se podía formar un tomito de proezas. Basta la apuntada para demostrar ser dignísimo sucesor de su padre y testimonio importante por su seriedad y respetabilidad, en lo que afecta á los hechos del autor de sus días.

En cuanto á sus particularidades personalísimas y descripción de su aspecto físico en general, puedo, también, merced á las indicaciones de sus parientes y conocidos, ofrecer muy curiosos detalles, tanto más verídicos cuanto que por ser éstos tan extraordinarios y salientes como el mismo célebre personaje, no podían fácilmente ser olvidados ni confundidos. A mayor abundamiento, en esta parte héme guiado, sobre todo, por la información directa de las personas de su familia á él más próximas y que, por ley natural, debían hallarse con él más identificadas.

*Trope ya era*, decía su anciana esposa en su pintoresco chapurreado, refiriéndose á las colosales fuerzas de que solía hacer alarde el que fué su marido; y á frase tan gráfica añadía otras con tal suma de detalles fisiológicos, que fácil me fué reconstituir en mi imaginación la imponente figura del celebrado atleta. Este, sin ser un nuevo Goliat, resultaba un hombre de estatura descomunal, con todos sus miembros proporcionados á su corpulencia, de tez curtida y cara ovalada, sus manos, sus nervudas manos muy grandes y velludas, «parecidas á las del orangután», en expresión de su hijo, y sus dedos como férreas tenazas.

Es digno de hacerse notar que, según el mismo hijo refiere, su padre, *Ansonekoa*, no tenía un desarrollo muscular que, proporcionalmente á su estatura, llamase la atención, existiendo, por el contrario, entre los gimnastas, bien sean profesionales ó *amateurs*, muchos que, comparativamente, acusan un desarrollo mucho mayor (1).

Los hechos que se cuentan de este hombre, pasarían á la categoría de leyenda, y hasta sus mismos paisanos, trascurriendo el tiempo, llegarían á creer que se trata de un ser fantástico, sublimado por la inventiva popular, si no existieran aún personas que le conocieron, que han visto muchas de sus proezas, y de quienes, como dejo dicho, he adquirido datos precisos y detalles fidedignos de algunos de sus memorables hechos, los cuales he procurado trasladarlos á este desaliñado escrito, con toda la exactitud posible.

---

(1) En Bilbao mismo hemos conocido al célebre Zamakois, notable profesional y atleta de abultadísima y recia musculatura; y en nuestros días podemos citar por el mismo concepto á los *amateurs* don Secundino de Acha y don Diego de Menchaca, quienes también se distinguen por la opulenta exuberancia de sus formas atléticas,

No contaba aún Juan Bautista de Artaza (a) *Ansonekoa*, quince años de edad, cuando ya su hercúlea fama habíase extendido por aquellos contornos de su pueblo natal. Siendo apenas *mutil*, no existía caserío ni taberna, en seis leguas á la redonda, en donde no se comentasen las heroicidades del forzado jovenzuelo. Pero sus hechos de mayor adulto, y de hombre, sobre todo, llegaron á sobrepujar las promesas más espléndidas de su primera lozana adolescencia.

En un vetusto molino de Urduliz tenía precisión el molinero, de mover, para colocarlo en su correspondiente sitio, un enorme tonel (*upe*) que pesaba *más de cincuenta quintales*, por cuya causa no parecía posible conseguirlo. Llamó el molinero á sus vecinos, pero era tal el peso del tonel que, á pesar de los esfuerzos que hacían, no podían llevar á efecto lo que pretendían. Desesperanzados abandonaron su intento, pero á uno de ellos le ocurrió decir que con la ayuda de *Ansonekoa* quizá verificaran lo que el molinero deseaba. Avisado el célebre forzado de lo que acontecía, presentóse en el molino con dos barras de hierro (1), con las cuales, y manifestando que no necesitaba ayuda de ninguno de ellos, levantó por un lado el tonel y lo colocó, sin grandes esfuerzos, en el lugar indicado por el molinero.... Dióle éste efusivas gracias, satisfecho por haber realizado lo que él y sus amigos consideraban casi un imposible, quedando asombrados del hecho del hercúleo *urduliztaña* y le despidieron diciéndole:

— *Ondo ibili* (andar bien).

A lo que guasonamente dijo *Ansonekoa* para completar la frase:

— *Eta gitxi gastau* (y gastar poco).

En otra ocasión y en el mismo pueblo ocurrió un suceso que merece mencionarse.

La estrada de Antzekuazpi tenía dos caminos paralelos y muy poco distantes uno de otro; el primero era de calzada y el segundo de carros. Estrecha era la estrada, y lo angosto del camino de carros no permitía el paso á más de uno á la vez, de los usados por los labriegos del país, y ello con poquísima holgura; de modo que el boyero que llegaba primero, enfilaba la estrada en tanto que los demás que venían rezagados esperaban guardando turno. Pues bien: llegó *Ansonekoa* con su carro cargado de leña á la entrada del

(1) Que hasta hace pocos años se han conservado en el caserío *Ansonekoa*.

camino, y momentos después otros carreteros. Había ya penetrado *Ansonekoa* con su carro en dicho camino como unas seis fanegas de trigo de distancia desde la boca ó entrada, cuando los otros carreteros, más que por mortificar á nuestro héroe, por probar hasta qué punto resistía su paciencia, le disputaron el derecho que ellos tenían de pasar antes que él. *Ansonekoa* tomó en serio la broma, pero no queriendo reñir con sus paisanos, agarró á su carro por la parte trasera, lo levantó como dos metros de altura, cuartearon los bueyes y lo pasó á la calzada, dejando, por lo tanto, expedito el camino carretil para que pudieran pasar los carros de sus amigos. Quedáronse estupefactos los demás boyeros de la ciclópea hazaña de su paisano y no pudieron menos de felicitar calurosamente á *Ansonekoa* por la fuerza y destreza demostrada. Cuando los carreteros pasaron adelante, volvió *Ansonekoa* á colocar su carro en el camino carretil, verificando la misma operación que poco antes había realizado, y cargando de tabaco su pipa de barro cocido, continuó tranquilamente guiando á los bueyes y entre pipada y pipada lanzando agudos *santsos*.

Mas no cesan aquí sus aventuras durante su vida de labrador, pues además de las que voy anotando, hay muchísimas de las que apenas queda recuerdo, y otras de menor importancia... muscular.

La festividad de San Miguel, en Laukiniz (anteiglesia próxima á Urduliz) tenía gran importancia lo mismo antaño que en nuestro tiempo. Los labradores de las demás Repúblicas circunvecinas reuníanse en la campa en que se celebra la romería y especialmente en las tabernas del pueblo. En una de éstas que existía en el camino entre Urduliz y Laukiniz, denominada Aizkoñe, se encontraban aquella tarde merendando entre otros, dos *gizonas*, de Laukiniz el uno y el otro de Mungia. Al observar éstos que penetraba en el *ardautegi* el forzado *Ansonekoa*, de quien, como es de suponer, habíase para entonces extendido su fama por toda Bizkaya y más aún por aquellos contornos, trataron también de comprobar si realmente era ó no cierto lo que de él se refería. Por de pronto, idearon emborracharlo, ofreciéndole vino mezclado con aguardiente. Cuando creyeron que *Ansonekoa*, merced al alcohol, habría perdido, por el momento, gran intensidad de sus colosales fuerzas, le desafiaron al pulso. Debo hacer observar que ambos eran reputados en sus respectivas localidades como forzudos sin rival, especialmente el veterinario munguiés, el más fuerte de en-

trambos, que fué el que invitó á nuestro *Ansonekoa* á probar el pulso. No hay para qué decir que éste aceptó inmediatamente el desafío, pero no dió lugar á la prueba, pues no bien puesto el presuntuoso contrario en porte de comenzar el rústico pugilato, le cogió *Ansonekoa* por el pecho y sobaco, le tuvo suspendido un momento á la altura de sus brazos, arrojándole después fácilmente á la otra banda por encima de la mesa.

Burla tan sangrienta á quien consideraban en Mungia y sus alrededores como el *non plus ultra*, no podía tolerarla el *mungiaíra*, que acariciaba el proyecto de inmediata venganza, para lo cual púsose de acuerdo con su amigo, y, apagando los candiles, trataron ambos de propinarle sendos garrotazos, con sus *makiñas*, á *Ansonekoa*, que en aquel momento salía de la sala-comedor, y, cuando había bajado los últimos peldaños de la escalera, fué acometido por varios hombres, al trasponer la puerta de salida de la casa; viéndose atropellado inicuamente, agarró al primero que se puso al alcance de sus manos, y levantándole con sus brazos, con su empuje y bríos de luchador insuperable, á la altura de la cabeza, lo llevó, en tal guisa, á la sala-comedor; mas fué tan grande el barullo que se sentía en la escalera, que las mujeres chillaban, sin darse cuenta de lo que acontecía, hasta que *Ansonekoa* llegó con su carga, y les dijo: *Eztao bildaúrik* (no hay miedo); encendieron aquéllas las candilejas, y, á la tenue luz que despedían, pudo *Ansonekoa* reconocer al hombre que llevaba consigo, que no era otro que el pendenciero mungués, y á quien diciéndole: *¿Zeu zara?*—*Uste neban señorita bat zñela* (¿tú eres?—yo creí que sería una señorita), le dió, á continuación, dos imponentes *plastasos*, á mano ancha y á modo de *caricia*, que resonaron en toda la casa.

Después de un sinnúmero de lances, dignos de su reputación, asomaron los chispazos de la primera guerra carlista; y bien fuera que, en su pacífica idiosincrasia, no simpatizara con el espectáculo de la próxima y cruenta lucha; bien que á su buen sentido le repugnara, no comprendiendo la razón por la que sus hermanos, los *euzkeldunes*, se matasen por causas exóticas; bien, en fin, y es lo más probable, que se sintiese impulsado por las necesidades de su hogar paterno, y no menos por el acicate de su viril espíritu aventurero, decidió dedicarse á la arriesgada carrera de la navegación, enrolándose en Bilbao en una barca llamada *Irurac-bat*,

que mandaba don Andrés Cortina, natural de Plencia, pariente, aunque lejano, de *Ansonekoa*, y en dicha embarcación ejerció de contramaestre y timonel, en diferentes épocas.

En el mismo barco, probablemente, tenía algún cargo (no sé si de capitán, después de haber dejado el mando el señor Cortina) don Liborio de Aurteneche, marino retirado, respetable caballero que reside actualmente en Plencia, y cuyo testimonio es importantísimo para la veracidad de lo que aquí voy narrando, en lo que atañe á la época en que *Ansonekoa* se dedicó á la mar, por haber navegado juntos y presenciado dicho señor la mayor parte de los acontecimientos notables del *Ansonekoa marino*.

Siendo timonel nuestro célebre forzado, lo que más llenaba de asombro al resto de la tripulación era que manejaba el ancla de la embarcación sin necesidad de cadena ni calabrotos, y que mientras los demás tripulantes tenían que sujetarse, atándose con fuertes cordeles al puente ó á alguno de los mástiles, si les correspondía hacer guardia sobre cubierta cuando el mar se hallaba alborotado, para poder resistir los embates del mismo, *Ansonekoa* recibía el golpe de las olas agarrándose con una mano á la borda ó á un maste.

Muy frecuentes eran las arribadas á Liverpool de la barca *Irurac-bat*, al mando del capitán don Andrés Cortina, que tenía carácter adusto, genio vivo y violento y á veces caprichoso, pero en cambio fué un verdadero lobo de mar. En ocasión que, sin duda, deseaba mortificar á *Ansonekoa*, le ordenó que arriara el juanete, operación completamente innecesaria en aquellos momentos, pero que la cumplió el héroe de esta narración, no sin vengarse del injusto castigo á que se veía sometido, pues á medida que subía por los flechastes, que, como es sabido, consisten en fuertes chicotes, los fué rompiendo, uno tras otro, con sus pies; cuando llegó arriba, echó el juanete, aguantando el andaribel con sus manos, y luego, al descender por el otro flechaste, fué haciendo lo propio que al ascender. Cuando pisó la cubierta del buque, llamó al capitán, pidiéndole sus papeles y la cuenta; mas el jefe de á bordo no parecía.....; es que se escondió en la cámara, poseído de gran pánico, después de ver lo que hemos referido, y por que conocía sobradamente á su pariente y subordinado.

Desembarcó nuestro buen *Ansonekoa*, y en uno de los *doks* vió á dos boxeadores que se estaban batiendo. Intervino para apaciguarlos; pero á los que reñían no les supo bien la intromisión é intentaron boxearle y hasta le insultaron groseramente. Entonces aquél dió dos soberbios puñetazos á diestro y siniestro y ambos boxeadores rodaron por tierra vociferando denuestos y echando espuma por sus bocas.

Llegaron los *policemen*, que detuvieron á los tres, poniéndole á *Ansonekoa* una especie de esposas en las muñecas; de poco sirvió esta precaución, pues hizo crujir el hierro, y las ataduras quedaron rotas en el suelo. No contento con ésto, derribó á los dos policías y á cuantos se presentaron en ayuda de aquéllos para aquietarle. Conducido por fin al tribunal, le sirvió de intérprete un español apellidado Rodríguez, residente en aquella ciudad. El juez leyó la sentencia, que consistió en una pequeña multa, condenándole además á destierro perpetuo de Liverpool.

Hacia esta época tenía hecho el propósito *Ansonekoa* de volver á su hogar, y abandonando la navegación, cuidar de sus tierras y ganados, pues habíase terminado la guerra civil; pero para ello deseaba tomar pasaje en alguno de los barcos de tripulación vasca. Fué á Londres con este último objeto y allí se encontró con don Liborio de Aurteneche y don Andrés Cortina.

En Londres figuraba muchísimo un negro-americano boxeador, que era, sin disputa, el campeón, y considerábasele como el más fuerte de cuantos hasta entonces habían desfilado por los circos de lucha; pero los vascos concertaron con algunos ingleses una lucha entre *Ansonekoa* y el que ellos quisieran. Estos presentaron al negro. Se atravesaba cien libras esterlinas.

No era *Ansonekoa* de suyo pendenciero; pero lo que él entendía honor de su tierra, y además el compromiso de sus paisanos, le decidieron á aceptar tan irracional contienda.

Ya estaban en medio del ruedo del circo, frente á frente, *Ansonekoa* y el nervudo negro, dispuestos á comenzar su *match* salvaje: el primero, con su indumentaria de marino vasco; el otro, con el pecho y espalda descubiertos y aceitados; de la cintura á las rodillas cubriále ceñidor y pardo pantalón de pana.

Empezó la lucha *Ansonekoa*, ganoso de terminarla de un sólo golpe, lanzando al negro formidable puñetazo; pero su sorpresa y su ira fueron grandes al percatarse que su puño resbaló en el

cuerpo del negro á causa de la untura con que se había aquél preparado. Le contestó su rival, experimentado y hábil en su arte, con otro soberbio en el estómago, que le dejó atontado, por el momento, é hizo tambalear á nuestro paisano. Pronto, empero, se repuso del aturdimiento, y ya sobreexcitado más que por la lucha por la presencia del público, por la astucia y la resistencia inexperada, dirigiéndose con comprimida rabia á sus compatriotas espectadores, dijo:

—*¡Iltea libre balitz!* (¡si fuera libre el matar!).

La respuesta de los suyos fué:

—*Bai, libre dok* (sí, te es libre).

En vista de esta indicación de los *euzkeldunes*, sus paisanos, concentró en un solo momento la vergüenza toda y toda la indignación de su alma virgen, cerró nerviosamente los colosales puños, extendió en cruz los brazos gigantes, y con toda la energía de que era capaz, aumentada hasta lo sumo por el furor, avanzóse imponente, terrible, hacia su adversario, que no pudo esquivarle, dándole con los puños simultáneamente en ambos costados á la altura del ceñidor, donde, por falta de untura, no resbalaría el golpe, con la fuerza inculta y salvaje, pero irresistible, de su fenomenal naturaleza, tan estupendos puñetazos que, penetrando como un doble ariete en la caja torácica, le descostilló, desconyuntó y fracturó los huesos. A consecuencia de ello cayó el negro desvanecido encima del muslo izquierdo de *Ansonekoa*, en donde, como sobre duro yunque, vino el infeliz á apoyar su cabeza; mas lo hizo enhoramala, porque, secundando otro formidable golpe de su férrea manaza, ya fuera de sí el vasco, se la aplastó y remachó sobre su propio muslo, salpicando al punto por palcos y plateas del circo fragmentos del cráneo y de la masa encefálica del desgraciado negro.

Resonó entonces un estruendoso ¡hurra! aclamando al vencedor de aquella titánica lucha, sucedieron después las entusiastas felicitaciones y aplausos de aquel público bárbaro (similar al que ébrio de sangre aplaude en las corridas de toros) que llevó en hombros (como se lleva en España á los toreros) á *Ansonekoa*, hasta buen trecho de las calles adyacentes en donde se hallaba instalado el circo.

Sus paisanos que, según se ve, vivían, con motivo de sus viajes, un tanto contagiados con la barbarie inglesa, se ganaron las

cien libras esterlinas, de las cuales la mitad reservaron al protagonista de la desmesurada y ciclópea hazaña. Las revistas atléticas de Londres dieron, según costumbre, por interés puramente sportivo, minuciosa información de todos los detalles de la tremenda lucha.

Nosotros sentimos tener que consignarla, por ser necesario á la índole de nuestro asunto, pero en modo alguno podemos simpatizar con costumbres semejantes, más propias de los países tenidos por salvajes que de los que pretenden pasar y aún pasan por civilizados.

Regresó á su pueblo natal *Ansonekoa*, abandonando por completo su vida de marino y con ánimos de ocuparse de la labranza. En cuanto llegó á Urduliz, todos sus amigos y allegados le asediaron inquiriendo detalles de la lucha con el negro, noticia que había llegado á Bizcaya sin pormenores y que le rodeó de cierta aureola de hombre extraordinario, repitiéndose su nombre de boca en boca, por lo cual muchos vascos tenían vehementes deseos de conocer al compatriota de tan estupendas fuerzas.

Dos gipuzkoanos, aguijoneados por ese deseo, aparecieron en Urduliz en ocasión en que *Ansonekoa* estaba trabajando en sus tierras. Al encontrarse aquéllos con aquél labrador, le preguntaron si por acaso sabía en qué caserío habitaba el famoso *Ansonekoa*, á quien deseaban conocer. Este, ó sea el labrador al que hicieron la pregunta, cogió con una mano el arado, que á su vera se encontraba, por la punta de la pèrdiga, y poniéndolo horizontalmente, como si fuese ligera *makiña*, y con el brazo extendido, les contestó en la misma lengua en que le hablaron los gipuzkoanos:

— *Antxe* (allí mismo).

Estos, con gran asombro, exclamaron:

— ¡*Ansonekoa zeuk izan biardezu!* (¡tú tienes que ser *Ansonekoa!*)

A lo que éste replicó:

— *Amak alan esaten deu* (así dice mi madre).

En su propio caserío tenía *Ansonekoa* toros sementales (*sezeñak*). Estando amarrado á un manzano uno de ellos, de mucha bravura y corpulencia (dos varas y pico), consiguió romper el ár-

bol por el tronco, en el que estaba amarrado, y desasirse la ligadura, arremetiendo con fiereza á *Ansonekoa*, que tranquilamente se hallaba segando hierba. Irguióse éste al notar el movimiento del toro, resistiendo con todo el poder de su enérgica musculatura la primera acometida, y volviendo luego con gran serenidad de ánimo su acción contra el animal, lo agarró con la siniestra mano del cuerno izquierdo y con la otra del morrillo del costado derecho, hizo un supremo, titánico y colosal esfuerzo, el más grande, sin disputa, que en su vida hizo, y derribó á tierra á la fiera, volteándola ¡hazaña digna en verdad de un Milón de los tiempos homéricos! Pero fué tanta la violencia y esfuerzo que hubo de hacer aquel improvisado gladiador para dominar en esa lucha espantosa, que quedó resentido y herniado lastimosamente.

En nada se parece esto á la conocida suerte del *descorne*, que algunos pastores que se dedican á la cría y fomento de reses bravas ejecutan, pues mientras aquella de *Ansonekoa* fué una verdadera lucha de fuerzas, la suerte del *descorne*, aunque para ejecutarla sea preciso tener gran serenidad y destreza, no requiere fuerzas, pues éstas las da el mismo toro, por su velocidad al embestir, la que, aprovechándola el pastor, es causa de que éste lo derribe con facilidad.

Aun después de la lucha con el toro, la más asombrosa, sin duda, de todas las hazañas que realizó, y, como hemos dicho, á consecuencia de la que quedó herniado, se cuentan algunas otras; pero bastan las enunciadas para demostrar que, tal vez desde las lejanas épocas medioevales, en que tal predominio obtuvo la fuerza física, hasta nuestros tiempos, productores de naturalezas degeneradas, apenas habrá existido campeón más formidable, no ya sólo en Euzkadi (1), donde siempre existieron dignos émulos de Ajax y del héroe de Crotona, sino, probablemente, ni aun entre las razas más vigorosas de la vieja Europa.

Otros esfuerzos que *Ansonekoa* hizo en diferentes lances, contribuyeron, indudablemente, á que su dolencia de la hernia tomase mayor incremento, y á consecuencia de ella falleció, en su

(1) A nuestra raza pertenecían también el *donostiáa* Oteiza, que, joven aún, marchó á América; el famoso encartado conocido con el nombre de *El fuerte de Ocharan*, de quien el inolvidable Trueba describió las hazañas, y otros muchos vasos que hicieron heroicidades dignas de recordación.



caserío de Urduliz, el 24 de Agosto de 1856, á los cuarenta y seis años de edad.

.....

Tales son, á grandes rasgos, los principales hechos de *Ansonekoa*, de aquel titán moderno, de aquel rústico Alcides de puños de catapulta, que, como al principio dijimos, llenó de asombro á sus coetáneos con la sorprendente energía de su virgen naturaleza física; de aquel, en fin, que, al morir á consecuencia de su más portentosa hazaña, dejó tras sí tan imborrable estela de celebridad y fama entre la noble y ruda gente labriega y marinera, que su nombre, ó, mejor dicho, su sobrenombre, ha quedado definitivamente consagrado en los campos y costas de Bizcaya como el superlativo de los superlativos de encarecimiento, sólo aplicable al mayor y más estupendo y extraordinario atleta.

Quizá no con más fundamento real, en los tiempos primitivos, se levantaron sobre las hazañas auténticas de un coloso semejante las leyendas mitológicas de Atlas y Briarco, de un Anteo hijo de la Tierra ó de un Hércules semidiós, vencedor de las fieras y los monstruos y de las fuerzas arcanas é invisibles de la naturaleza...

La lluvia que á raudales cayera cuando penetramos en el portalón del caserío *Ansonekoa*, había cesado ya... A vecinábase la noche, y, como aún teníamos que caminar bastante, á fin de alcanzar el tren que vendría de Plencia y tiene su apeadero en Urduliz, salimos de la grata estancia con el nieto del célebre *Ansonekoa*, verdadero *moñosko*, fuerte y robusto, que nos acompañó, por los ya embarrados andurriales, cuando sólo el silencio era interrumpido por rumores de plegarias dirigidas al Cielo, que partían de aquellos honrados hogares vascos....

Una hora más tarde, mi amigo y yo llegamos á Bilbao, en cuyas calles frecuentemente se oyen horribles blasfemias, proferidas por individuos entecos, de raza escrofulosa, degenerada....

J. E. DE A.

## DOS PUNTOS ETIMOLÓGICOS

### Ibero; eguski, ilargi.

El epígrafe que encabeza este artículo indica suficientemente las modestas pretensiones que me llevan á escribirlo.

No es mi ánimo explorar un punto determinado de la etimología en toda su amplitud, caminando, por vía de análisis, de fenómeno en fenómeno y de inducción en inducción, hasta encontrar el germen primero de la palabra, oculto á las miradas profanas, de donde brota la vida del lenguaje, para después, regresando por los pasos contados, manifestar, por vía de síntesis, la vitalidad inmensa en él encerrada, y desarrollada, á través de siglos y siglos, según las sabias leyes que informan al espíritu euzko, en la construcción de su simpar idioma. La exhibición de sorpresas intelectuales de este género está reservada á inteligencias gigantes, como la del incomparable Maestro, que, en fuerza de su profundo, sutil é ingente genio, presentó, frecuentemente, á la vista y contemplación de sus discípulos, magníficas revelaciones nunca imaginadas, que, aun no comprendidas y todo por ellos en toda su plenitud, todavía dejaban vislumbrar hermosísimos horizontes y adivinar la prepotencia intelectual de su autor. Dejando, pues, esas tareas, utilísimas para el completo renacimiento de nuestro patrio lenguaje, á inteligencias más privilegiadas que la mía, y que cuentan con más y mejores medios de los que yo puedo disponer, me contentaré, en este escrito, con hacer sencillas indicaciones sobre los dos puntos indicados.

Estas indicaciones, que necesariamente habrán de resultar muy pobres, por ser más, tal vez excitarán una mirada de compasión de parte de aventajados euzkerólogos, discípulos del gran Arana, y quizás, con más probabilidad aún, una mirada desdeñosa, ó una sonrisa burlona, de parte de aquellos que, vendiéndose por euzkeráfilos, y aun euzkerólogos, pagan con la misma moneda la admiración profunda á que es acreedor el insigne Maestro.

Quiero decirles una palabra de satisfacción á los unos y á los otros, antes de pasar adelante. A los primeros creo que será muy fácil contentarlos, diciéndoles que, por causas ajenas á mi voluntad, si bien no he vivido completamente alejado, tampoco me ha sido posible estar en constante contacto con ese resurgimiento de la euzkeralogía, obrado, principalísimamente, á impulsos del brío vital que sabía infundir el gran Maestro á todos los asuntos á que aplicaba las energías de su asombroso espíritu; pero que *per ignominiam et bonam famam*, si me es permitido hablar así, desearía contribuir á la restauración completa de nuestra raza y de sus cosas, y que, por tanto, si con estas mal pergeñadas líneas puedo contribuir en algo á su engrandecimiento, aunque no sea más que en razón de su contraste con otros trabajos más sólidos y provechosos, pienso no quedarme completamente frustrado en mis intentos, ni oponerme á los fines que persigue la por tantos conceptos excelente revista EUKADI.

Además, no todos los lectores estarán igualmente adelantados en la euzkeralogía, y mis quizás ya atrasadas reflexiones podrán, por ventura, servir para iluminar el camino que se propongan seguir esos entendimientos noveles en este ramo de estudios, por lo mismo que serán más proporcionados á su actual disposición.

Ni es del todo reprobable el gusto que tendré en poderles proporcionar un rato de diversión y entretenimiento al contemplarme más ó menos perdido en el campo, para las inteligencias medianas laberíntico, de la etimología, sobre todo cuando consideren cómo ellos mismos pasaron por estas mismas fases del desarrollo intelectual lingüístico, si, ciertamente, imperfecto, también, de ley ordinaria, necesario, antes de llegar á la completa evolución, donde solamente se anda, con paso seguro y firme, sin peligro de equivocarse, ó, á lo menos, de perderse, en los caminos, á primera, con frecuencia, muy tortuosos, del movimiento vital de la palabra.

A los segundos, si es que se dignan leer este escrito, les diré

que no me importan mucho sus actitudes, y que aun las tendría por buena señal, siempre que anduviesen solas, por cierto por una razón muy sencilla y parecida á la de la fábula: «si el sabio no aplaude, malo; pero si. ...» Quienes sienten, en efecto, atrevimiento suficiente para atacar sin miramiento las producciones de tan incuestionable y extraordinario mérito como las debidas á la sin igual pluma del gran Maestro, y quienes al leer, por ejemplo, *Las lecciones de ortografía del euzkera bizkaino*, sus trabajos sobre *la numeración euzkérica*, sobre *los derivados de ari.....*, no sientan embestidas de entusiasmo, de admiración y aun de estupor, y no se due- lan hondamente de la inmensa desgracia que cupo á nuestra ama- da Euzkadi, aun desde el punto de vista puramente lingüístico, con la prematura muerte de tan preclaro ingenio, esos tales, siem- pre serán para mí enemigos poco temibles en las lides lingüísti- cas, ni comprendo cómo pueden preciarse de su amor y lealtad á la Patria. Yo, á lo menos, entiendo y siento las cosas de muy dis- tinta manera. Y se apodera de mi ánimo viva sorpresa y hasta in- dignación, cuando hallándome todavía bajo la agradabilísima im- presión producida por la lectura y atenta consideración de esos luminosos escritos, observo la poca consideración con que algunos que se titulan euzkerólogos tratan sus magníficas producciones til- dándolas de aventuradas y fantásticas, sin duda por la gran razón de que no las comprenden. ¡Bien estaría que el ave rastrera que no puede elevar su vuelo más arriba de los zarzales y arboledas donde mora, se burlase del águila que se remonta briosa á las más altas regiones de la atmósfera calificando de aventurado su segu- ro é intrépido volar! Estudien bien esos audaces críticos los escri- tos del grande hombre, despojándose antes de toda idea y senti- miento preconcebidos, y cuando se hayan convencido de su in- mensa superioridad sobre ellos (convencimiento que se impondrá irresistiblemente á sus inteligencias, á poca que sea la atención con que le lean), entonces piensen lo que les dicta la prudencia científica cuando le vean hacer afirmaciones cuyo fundamento no llegan á alcanzar.

Claro está, que no pretendo decir con esto, que no puedan en- contrarse defectos en sus obras: él mismo en algunos puntos re- tractó opiniones emitidas en épocas anteriores, como tendré oca- sión de anotar en este mismo artículo; y es *a priori* más que pro- bable que si hubiera vivido mucho más tiempo hubiera reformado

otros de secundaria importancia. Así es que no se vaya á pensar nadie que yo considero absolutamente invulnerables todas sus enseñanzas en todos los puntos que abrazan, aun cuando sean secundarios, no; que bien presente tengo aquel «*summi sunt, homines tamen*». Mas de esto á lo que he censurado va una distancia verdaderamente inmensa. «*Est modus in rebus*».

Dadas ya estas explicaciones que han resultado algún tanto largas, y rendido el tributo de admiración á que creo sinceramente acreedora la profunda ciencia del Maestro, comencemos á discutir sobre el asunto propuesto.

\*  
\* \*  
\*

## Ibero

Sabido es que uno de los que primero hablaron en la antigüedad del río *Ibero* (Ebro), y de los pueblos iberos fué Skilax de Caryanda, quien en su Périplo dejó escritas estas palabras: «Iberos: los primeros pueblos de Europa que se encuentran son los iberos, nación de Iberia y del río Iberus».

Se ha creído desde muy antiguo que el nombre de *Iberia* aplicado á la península española reconoce por originario suyo al *Iberus*. Hé aquí como se expresa Plinio: «*Iberus amnis navigabili commercio dives, ortus in Cantabris.... quem propter universam Hispaniam Græci appellavere Iberiam*». Hay sin embargo quien contradice esta manera de pensar. Oigamos cómo presenta Madoz su disentimiento: «La primera vez, dice, que aparece mencionado este río es en el Périplo de Scilaz, escrito como unos 500 años antes de Jesucristo. De aquí sin duda tomaron razón algunos para atribuirlo á los griegos. Sin observar que cuando aquel navegante arribó á nuestra costa, ya lo conoció con este nombre. Se dice que en su consideración dió el nombre de *Iberia* á toda España lo que es otro error; pues la antigua Iberia sabemos comprendía desde el Istro ó Danubio hasta Gades, y de aquí más tarde se concretó á la Península: este nombre hubo de tener una razón denominante, probablemente análoga á la que hemos encontrado en el *Iber*, ó tal vez por la frecuencia de este mismo en ella».

Como no interesa esta cuestión para mi objeto, baste haber indicado esta discrepancia.

La etimología de esta palabra *Ibero* será sin duda uno de los problemas que tratará de resolver el egregio euzkerólogo nabarro, don Arturo Campión, en su obra «Iberos, Celtas y Baskos», que la he visto citada en la *Revista Internacional de Estudios Vascos*: allí también, á no dudarlo, se hará cargo de las diversas opiniones emitidas sobre el asunto por euzkadianos y no euzkadianos, en especial por los celtisantes. Hallándome en la imposibilidad de consultar la predicha obra, propondré primero, las opiniones de los no euzkadianos tal como las trae don Pascual Madoz en su «Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar», palabra «Ebro». Después propondré también y discutiré las propuestas por euzkadianos euzkerólogos y que han llegado á mi conocimiento.

Dice, pues, así el señor don Pascual Madoz en el lugar citado: «Mucho ha dado en qué pensar el nombre de este río. Como una de las principales razones que han presidido á la formación de la nomenclatura geográfica ha sido el respeto que los pueblos han tributado á sus jefes y caudillos, dijeron unos que de Ibero, hijo de Túbal, se le dió nombre; así figura personificado entre otros objetos notables de la geografía, de los que se ha formado el catálogo de los reyes fabulosos de España. Otros, y entre ellos los profundos orientales (orientalistas) Samuel Bochart, Tomás Hyde y Cristiano Wormio, le atribuyen origen fenicio, produciéndolo de las voces *Ibrim* ó *Eberim*, interpretadas *término*, *fin* ó *extremo* por unos, y *cosa transmarítima* por otros. Los primeros razonan su aplicación diciendo hallarse en el término, fin ó extremo del mundo antiguo; en este concepto convenía mejor al Guadalquivir, al Guadiana, al Tajo, al Duero ó á cualquiera de los ríos que tienen sus bocas en aquel mar, sobre que se juzgó descansaba la tierra. Los segundos suponen corresponderle porque habiéndose establecido los fenicios en la costa de Africa, huyendo de la persecución de Josué, les creía *trans mare*; pero entonces ¿no es de notar que, desatendiendo igual razón en todos los ríos principales de la península, á no ser en el Tinto, volviesen á apreciarla en el Tíber, en el Rin, antiguamente Iber, y particularmente en mil objetos diferentes, que ni debieron serles conocidos, tales como el riachuelo *Bero*, en país que puede asegurarse no pisaron nunca? Hay también quien conjetura ser degeneración del nombre *Tubal* ó *Thobel*, convirtiéndose en *Iobel*, en *Ibel* y por fin en *Iber*. Con esto,

siguiendo la opinión de los que, interpretando el texto del grande investigador de antigüedades hebraicas Flavio Josefo, atribuyen la población de España al patriarca Túbal, diríamos que de este colonizador tomó nombre el Ebro, verificándose así, como expresó Josefo, que las naciones tomaron sus nombres de sus primeros pobladores, pues no cabe dudar de la identidad del origen del nombre de este río y el de Iberia que se dió á España; se habría cumplido también la doctrina del diligentísimo Dionisio de Halicarnaso, recibiendo el país y uno de sus objetos más notables el nombre de su poblador. Asimismo, en conformidad con los que no tomaron en cuenta la familia de Noé, creeríamos que la teogonía antigua denominó al *Ebro* consagrándolo al Sol, que, con los nombres de *Bel* (y de aquí *Iobel* y *Thobel*), *Bal*, *Hércules*, *Osiris*, *Sphan*, *Pan*, *Phebo*, *Apolo*, etc., fué adorado en diferentes tiempos y naciones. Sin embargo, parece más probable la opinión de los que conjeturan ser voz céltica, apoyándose para ello en la frecuente aplicación que de la raíz *ber* se observa en la nomenclatura geográfica de todo el país por donde en diferentes tiempos se derramaron las naciones del Norte y Septentrión. El nombre *Iber* parece ser verdaderamente del primer idioma por el que se entendieron los hombres, del idioma inspirado por los mismos objetos que habían de ser su materia, circunstancia que estamos lejos de reconocer en el hebreo, á pesar de la frecuencia con que se encuentra calificado de primitivo, y mucho menos en el euskaro, que tanto abunda de dementes paleográficos. Este nombre parece ser producido por el mismo curso de las aguas. Con él se anuncian al que se las aproxima á cierta distancia, y así lo confirma constantemente la aplicación de su raíz, no sólo á ríos caudalosos que pudieran tener otra razón denominante, sino á pequeños raudales y á poblaciones y otros objetos, siempre de las cercanías de aquéllos.»

El juicio que he formado sobre lo contenido en el trozo transcrito, prescindiendo ahora de cuestiones no relativas á mi propósito, lo formularé en las siguientes afirmaciones:

1.<sup>a</sup> afirmación. Que las tres opiniones que rechaza el señor Madoz, bien por las razones que el mismo autor indica, bien por otras solidísimas, que hoy son ya del dominio público, no tienen ninguna probabilidad ó verosimilitud.

2.<sup>a</sup> afirmación. Que en la opinión que el señor Madoz adopta

no anda él propio con pie seguro, y que en la exposición que de ella hace no se vislumbra la probabilidad que le atribuye: lo cual se patentizará poniendo una en pos de otra las afirmaciones que contiene y haciendo brevísimas observaciones sobre cada una de ellas. Lo contenido en la exposición se reduce á lo siguiente:

*a)* que *ibero* es voz céltica, porque á eso induce la frecuente aplicación de la raíz *ber* en la nomenclatura geográfica del país habitado en algún tiempo por el celta; *b)* que el nombre *Iber* parece ser del idioma primitivo por el que se entendieron los hombres; *c)* que el mismo nombre parece ser producido por el curso de las aguas.

La afirmación *a)* supone la existencia de una raíz *ber* en la palabra *ibero* sin prueba de ningún género, y sin distinguir entre *ber* y *beñ*, asegura su abundancia en la geografía céltica, como si fuera bastante la presencia de la sílaba *ber* en un vocablo para afirmar sin más su radicalidad, y como si no fueran cosas muy distintas las sílabas *ber* y *beñ*.

Además, prescinde completamente del elemento *i* que está exigiendo su particular explicación como condición previa indispensable para la verosimilitud de la etimología de cualquiera palabra en cuya composición él entra de alguna manera. Porque sabido es que no puede admitirse como fundada una etimología mientras no se dé una explicación razonada de todos los elementos de la palabra según las leyes de la lengua á que se la pretende reducir. Todo lo cual queda agravado si consideramos que el señor Madoz no ilustra su dicho con ejemplo alguno por donde pudiéramos tratar de averiguar su verdad ó falsedad. Con esas desatenciones y descuidos no extraño nada que la raíz ó sílaba *ber* sea realmente abundante en la geografía del país habitado por el celta; pero me persuado que otro tanto sucederá en los países habitados por otras razas, y desde luego con ventaja en el habitado por el euzko. Podríamos traer á colación á *Beñmeo*, *Beñgara*, *Beñiz*, *Beñtiz*, *Bernaola*, *Beñaikua*, *Beñaondo*, *Berastegi*, *Bereziartu*..... sin número.

La afirmación *b)* envuelve la de que la lengua céltica es el primitivo idioma del hombre, proposición que no necesita refutación para ser considerada inmediatamente como á todas luces improbable.

Finalmente, respecto del punto *c)* hay que notar, que si bien

no puede ser completamente rechazado lo que en él se afirma, pues en realidad de verdad las aguas corrientes producen ciertos sonidos que á algunos se les antojará ser una cosa muy parecida á *Iber*, porque en la onomatopeya tiene mucha parte la variable apreciación individual; con todo, también en este particular se comete una impropiedad nada desatendible cuando se supone que el gran río de que nos ocupamos fué llamado sin distintivo de ningún género con el nombre común á toda agua corriente sea de río, torrente ó arroyuelo, y eso en una lengua que se le califica descriptiva en sus nombres de las propiedades de sus signados. Ya veremos con cuánta mayor precisión y belleza se observa esta ley en la denostada euzkera.

Además, de lo dicho se desprende que la lengua céltica tiene ó á lo menos tuvo para indicar el signado de agua corriente el vocablo *iber*, lo cual por lo mismo que lo callan los celtisantes me parece que está bien lejos de ser cierto.

3.<sup>a</sup> afirmación. Que el prescindir completamente de los datos que pueda proporcionar el euzkera para la resolución de este problema es completamente irracional, sea cualquiera el juicio que el señor Madoz haya formado de esta milenaria lengua y de sus cultivadores. Porque no sólo es dato histórico indestructible la población de la raza euzka en una bien considerable extensión á las orillas del predicho río, sino también muy probable, según eminentes etnólogos, en toda la península española y en otras regiones occidentales de Europa y Norte de Africa con antelación al celta. Por lo cual se hace muy creíble la hipótesis de que con elementos de su propia lengua impuso nombre á ese gran río, el cual por circunstancias no siempre fáciles de averiguar pudo prevalecer sobre los que tal vez también le impusieran otras distintas razas con elementos de sus respectivos idiomas.

Bien veo que estas consideraciones no desvirtúan sino de una manera negativa la opinión favorable al origen céltico, pero me parece que son bastante fuertes para que no se la tenga por sólidamente probable mientras sus partidarios no aduzcan argumentos más contundentes.

ARATIA ETA AGARĒ'TARĒ JON-MIKAIL.

(Continuará).

## XIII

## En Isturitz

Se arremolinó la gente que había en la calle; reía y cuchicheaba al saltar con la vista y la atención de uno á otro de entrambos personajes: don Tomás, medio rebozado en el polvo de la carretera, pasmado aún y rubricada la cara, y Prantzesco que parecía abrumar á la ventana al asomar por ella el corpachón y la carota riente de patilla á patilla. El elegante Belerín, incapaz de ser objeto de risa, con incapacidad natural, reflexiva y aristocrática, por si había alguien que lo dudara, se reía también. Sólo José Adey acompañaba al Alcalde de Tangora en su seriedad y le compadecía.

Pero observó el joven que Antonio echaba á andar por el camino que había traído al venir, y se fué tras de su amigo. Así que le vió doblar la esquina de la huerta de Ganguren, José, antes de doblarla también, volvió la cabeza para atisbar en qué quedaba lo del saparraso, y como viera que don Tomás y Belerín se iban hacia el parador de Alberdi, siguió tras de Antonio y

—¡Ven conmigo!—le dijo al alcanzarle.

—¿A dónde?

—Para allá, por de pronto; tú ven conmigo y luego te diré á dónde.

Y como el ir en la dirección que indicaba José no se oponía gran cosa al intento de Antonio, le siguió sin decir palabra.

No volvió á cruzarse ninguna más entre los dos jóvenes hasta que llegaron á la casa de doña Silvestra Latxiondo, y aún allí, como Antonio interrogara á José con los ojos, se contentó éste con dar una cabezada que debía de querer decir: «¡Hala para adentro!» porque en seguida abrió decidido la puerta chirriante y desvencijada de la verja y penetró seguido de Antonio en el jardinete que precedía á la casa.

Y lo mismo fué penetrar y tender la mirada en torno, que ver cerca de sí á una señora ó mujer, ya mayor, agigantada y estu-  
penda.

Estaba en pelo, que lo tenía gris y no abundante, aunque sí desgreñado; la cara grande, con el pellejo como suela resquebrajada y flojedades de bolsa no repleta, ostentaba principalmente un más que barrunto de bigote reforzado en una de sus caídas, con un lunar de pelos de los grandes y otro lunar de los medianos; del cuello para abajo, parecía una enorme tienda de campaña de las cuadradas y de color de ala de mosca. Traía en una mano un katillu y la otra enchapuzada de una masa que iba aechando á unas cuantas gallinas que picoteaban en torno.

—¿Doña Silvestra Latxiondo, viuda de Meaza?

Rebulló el monumento y desapareció tras de la esquina de la casa; á poco se oyó en lo interior una voz bronca que parecía dar órdenes atropelladamente, y algo después apareció á la puerta otra mujer, también mayor, aunque no tan grande como la primera, vestida asimismo de color de ala de mosca, y en chancletas, que dijo á los jóvenes:

—¡Pasen ustedes aquí, pasar aquí, sentar aquí. Al punto vendrá la señora.

Y les dejó solos en una sala, cuyo tillado, bruñido y resbaladizo como un cristal, reflejaba la escasa luz que conseguía penetrar por dos ventanas guarnecidas con no se sabía qué *cor-  
tinajes*.

Poco á poco fueron los visitantes columbrando que la estancia estaba alhajada con sofá y sillas de cerezo con asientos de cerda; un cuadro con los retratos de la señora y el difunto, los dos pasados, sentado él, y en su hombro izquierdo apoyada una mano de ella, de pie. Vieron también una consola, sobre la cual había

dos enormes caracoles marinos, relucientes, y sobre sendos pañetes, labor de tapicería pespunteada y de colorines, dos altos candeleros de azófar con velas rizadas y arandelas de papel recortado al primor y en medio de todo, un armatoste, obra de pintura y escultura á la vez, cuestión de unos peñascos, un montón de mar y un barquito encima. Había además.....

Rechinó la puerta al abrirse, y cuando lo estuvo de todo, dió paso á la señora ó mujer de antes. Pero ahora venía tocada con una cofia con *bridas*, y le colgaba de los hombros una *manteleta* que eran acaso un poema de recuerdos, quizá de alguna escala del barco del difunto Meaza en *Burdios* ó en *San Nasaire*.....

Gimió el tillado bajo los pies de la señora, que avanzó solemne y acompasada como gigante de festejos; sin mirar á los visitantes, se llegó á la consola, sacó de la faltriquera una llave y con ella dió cuerda al armatoste. Y con la última de las vueltas, chirriantes como si el trasto se quejara de tener que volver á la fuerza á un ya olvidado y doloroso ejercicio, principió á sonar una lentísima melopea de una dulcedumbre lamentosa y flauteada y el barquito á alzar á compás ora la proa ora la popa.

Asegurada ya la amenidad de la visita, la señora se sentó en el sofá, y cuando el mueble concluía de crujir, concluyó ella de cruzarse las manos sobre la barriga, y esperó.

Antonio apretaba los dientes y no se atrevía á levantar la vista del suelo. José, con los ojos en blanco y una mano tendida hacia las ondas, exclamó arrastradísimamente:

—¡Allá va la barca, quién sabe do val

—Huumm?—gruñó hacia él la señora, reuniendo, al fruncir la boca, todo el bigote y la cerdambre de los lunares en un solo revoltijo.

—Es la letra de la melodía..... dispense usted, señora. Pues nosotros veníamos..... tenemos el honor de venir á visitar á usted de parte de doña Gertrudis.... ¡ya sabe usted! la de Mardoniz. Nos mandó que, cuando pasáramos por Isturitz, viniéramos á ver á usted y á su sobrina Consuelito; ¿no está Consuelito con usted?

—¡Gertu la de Mardoniz?—retumbó la voz de la gigante.

—Sí, señora; nos dijo que viniéramos sin falta; que hacía tanto tiempo que no la había visto á usted.....

—¡Mentira! si en la semana pasada entuavía le vi yo á Gertu en Laibaf.....

Se mordió José el labio inferior, y quedó callado, como si principiara á derretirse en las llameantes miradas con que parecía querer aniquilarle la señora.

Antonio añadió en seguida:

—Sí, hombre; ¿no te acuerdas? Pero también nos dijo que se querían ustedes tanto, que en cuanto pasaban dos días sin verse, les parecía que como si pasaran dos años.....

—¡Mentiral ¿Yo á aquella hipútrica? Cuando no le di dos plas-tasos allí mismo. Pero ustedes..... ustedes..... con alguna itiqueta venís vosotros aquí hoy.....

—¿Etiqueta? Ca, no, señora; como andamos siempre por la calle.

—Pues andar á la calle ¡¡á la calle! ¡largo!—y en contraste con el estruendo de tales palabras, seguía estirándose el flauteo del barquito, como la queja que languidecía y no expiraba nunca del alma de aquella casa en que la más sencilla orden de su ama hacía estremecer las paredes con el fragor de la tormenta.

—Señora, perdone usted á doña Gertrudis; está tan arrepentida....

—¡Mentiral ¡á la calle!—y el barquito seguía flauteando su dulce—¡á la calle he dicho!

—Señora, ya vamos; pero aunque le pegue usted dos sopapos á doña Gertrudis cuando la vea, las cuitadas de sus hijas ¿qué culpa tienen? Le quieren tanto á usted.... ¡bueno! le quieren tanto á Consuelito.... ¡Nos encargaron tanto que se lo dijéramos!

—Sí, sí, no se moleste usted, señora, yo la llamaré...

Y Antonio, sin hacer más caso de doña Silvestra que del flauteo de las ondas, salió al pasillo gritando: ¡Consuelo! ¡Consuelo!

Y apareció Consuelo. Quedó Antonio como alelado, y de alegría entre conmovido y extático; quiso decir lo primero todo lo que tenía que decir y no dijo nada, ¡nada!, porque lo mismo fué querer hablar que retremblar el pavimento con el zapateo de José, arrojarle al pasillo la masa de doña Silvestra y chocar con ella la mole de don Tomás que entraba como un terremoto. Choque tremendo, como esos de dos olas gigantes que suelen ser un cataclismo en la mar.

—¡Sinsorga!

—¡Mostrenco!

No se oyó palabra alguna más, por de pronto, y sí sólo el jadeo

de las dos masas como hervor de olas que se apaciguan después de reventar en espumas. En ambos rostros de gigante y giganta, mientras en uno de los ojos aún llameaba la ira, media boca del lado opuesto quería sonreír. Estaba allí Belerín, el presunto diputado, el talismán de la gloria y el repompe, el aspirado aspirante á yerno; el caballero fino de Laibañ *y más*: había que guardar compostura.

El distinguido sonreía como un pillín, y elegantísimamente, de modo de conservarse siempre en broma, por si acaso, y más en alto que todo lo presente y por presentar. Antonio parecía clavado al suelo y con la cabeza erguida, dispuesto á arrostrarlo todo, con el derecho que á ello creía darle el amor que Consuelo y él se tenían. Pero José, aprovechando el aplacarse momentáneo de las masas, le enganchó por un brazo y le arrastró hacia afuera.

—¡Vamos!—murmuró al oído de su amigo—Nos han echado de esta casa. Vamos, vamos. ¿Qué hacemos ya aquí?

Y como Antonio, al forcejear, viera que Consuelo desaparecía pasillo adentro, cedió, y uno y otro salieron de la casa y del jardín ante la estupefacción y aturullo de don Tomás, que no sabía si deshacerles entre sus membrudos brazos ó clavarles en la picota del escarnio con una pulla que no acababa de ocurrírsele. Todo se resolvió, al fin, en expeler por lo bronco y deshilar en sus bigotes un

—¡Títeres!

Los otros no podían ya oírle. Estaban en la calle, y la calle es de todos. Y de allí ya no le echarían á Antonio ni don Tomás, ni todas las doñas Silvestras y Belerines habidos y por haber.

Al fin, había visto á Consuelo; estaba allí, á dos pasos. La habían tenido encerrada, la habían alejado de él, habían pretendido aturdirle con el señuelo de aquel mamarrachín vistoso y empotinado de perfumería y ¡nada! el corazón de Consuelo era suyo, de Antonio; lo había creído siempre y acababa de verlo ahora, al verla acudir á su voz, en cuánto la llamó, al verla, al fin.

Era suya, ¿qué le importaba ya tener que luchar por alcanzarla, si sabía que era suya? Era cuestión tan sólo de tesón y brío; y los tendría

Invadióle la más gozosa emoción al sentir desvanecerse las inquietudes y la angustia de aquellos pasados días entenebrecidos por la ausencia de ella y amargados, además de por lo escaso de

los alientos que le daban los amigos de su mayor intimidad, por tantas hablillas como traía y llevaba la gente, para con la cual, el más vivo anhelo de él, de Antonio, había sido siempre el pasar inadvertido.

Sí, turbios habían sido aquellos días pasados, y por ello más espléndida y regalada la luz que veía hacerse en los horizontes de su vida, luz que creía irradiar de ella, toda de ella; de ella, que había acudido en un vuelo á la voz de él, y había desaparecido al presentarse los otros. Y como si no bastara todo ello ¡divinos cielos! apareció en la ventana la hermosa muchacha.

Vió Antonio embebecido que Consuelo abatió la cabeza, y la volvió y revolvió á un lado y otro en rápido atisbar, sin duda por si alguien andaba al pie de la casa; que el último resplandor de la tarde, sin poder dorar la espléndida mata de pelo negro, sacaba de ella azuladas vislumbres, como del flojel de las golondrinas; y vió, por último, alzarse aquella frente y el resplandor de unos ojos que le deslumbraban rientes y placenteros, como si le amaneciera de nuevo sin haberle anochecido.

Balbuente Antonio, corrió hacia la ventana; pero Consuelo volvió de pronto la cabeza hacia lo interior, la revolvió sonriente hacia el joven y desapareció, dejándole extático y queriendo aspirar hasta lo último de aquella sonrisa con que creía sentir palpitante, vivificados, cielos y tierra.

Aquello era ya vivir. El amor de su vida estaba vivo. Si tantas y tantas veces, al pasar junto á su casa, se había detenido en la sombra de la pared del huerto frontero, como si de algo de lo que emanara de aquella casa y de aquel jardín necesitara para respirar, é insensible al desgranarse de los instantes y de las horas, puestos los ojos en la inmensidad de los cielos, veía, sin mirar, el parpadeo de las lejanas estrellas, y si á solas en su propio huerto se le enredaban los pensamientos en los hilos brillantes que tendían los insectos entre los pámpanos del emparrado, y si al salir de Tangora con el alba, los ojos se le quedaban prendidos en la crestería de su caserío, su alma, el alma de Antonio no había errando sola....

—¡Eup! ¿Qué andáis ahí? ¡Ya sabía yo ánde vos había de encontrar! ¿Pa esto hemos venido ó qué? ¡Buena me habéis hecho.... pa fiarse uno de vosotros á dejarvos pa gobernar el dríbul! Ahí le habéis dejao en banda, pa que hubia visto cualquiera ó coger

cualquier chiquillo y haser una desgrasia luego igual. ¡Gracias á que le he mandao yo á uno de ande Aquiliño en busca, que si nol... Pa vosotros, dríbuli que no dríbuli, que que se haga sisco, lo mismo tiene. ¡Qué tropa esta! ¡Hala, hombre! ¿No oyes ó qué? No te quedas, pues, ahi ¡aah! como un papau. Vengáis acá, que no nos vean. Estos se marchan agora mismo á Tangora; ya están engan- chando la carretela ande Pillipe. Billirín se queda aquí, pa mar- char mañana á Gomendio, á Laibaí ó, ¡á la porra! Yo y tú nos que- daremos tamén. No m'emprinsipies agora con pirliri fleuri de ¡ay, amada mía, te vas y me quedo! Ya irás tu tamén mañana. Esta noche entuavía y mañana, yo y tú tenemos que haser aquí, hablar con algunos y, ya te diré. ¡Tú, sí, tül! Porque no sabéis entuavía lo mejor. En el coche de Iznardi han venido Bibi Makalaítu y, de comprar duelas ó, barrilles ó, pal escabeche, y aquí tenían que quedar. Pero yo en cuanto le he visto, con este me voy á arreglar, en *séguida* me he pensao.—Bibi—le he dicho—y—¿qué?—y—pues aquí tienes dríbuli pa marchar agora mismo á Tangora—y—¿para traerme á mí el dríbuli no más no has venido ó qué?—Hombre.... yo ya tenía que venir, la verdá, en uno de estos días, mañana me pensaba venir; hoy no podía, però, sabiendo que te haría falta co- che pa marchar sin quedar aquí hoy, á la tardesita he cogido el dríbuli, el caballo le he tomao á Liandro, vamos, le he pedido y, ahi tienes. Yo aquí me quedo pa mañana como te he dicho; el drí- buli sin interés te dejo ¡ahi tienes! pa que no tengas nada que di- sir tapoco provecho mío que hago; el caballo de Liandro es y, nada igual no te quitará por eso, y si no.... déjale pues, yo me arreglaré con él: como quieras.—Gente estaba delante y.... ¡como un guaito ha caido!—¡Caa.....! ¡no faltaba más... yo había de haser eso!—y—Ya nos arreglaremos del coche.... ¡no faltaba más! y con Liandro tamén ya me arreglaré yo—y—muchas gracias, hombre—y—¡una copa tenemos que echar!—¡no me dise! Y pis- qui y misqui con el palabreo, entonses le he dicho:—Hombre, Jo- setxu el de Adey está ahi y pa que le lleve á Tangora hoy me ha buscao; Gafastaka y los dos na más no estáis y, ya hay lugar pa los tres en el díbuli; ¿ya me harás ese favor?—Hombre, hom- bre.... ¿á un amigo como Adey le iba yo á disir que no? ¡Aunque tuviera yo que ir á pata!—así mismo ha dicho, y en *séguida*—¡Ga- fastaka, engánchate!—Bueno, pues—le he dicho yo etonses—ago- ra mismo voy á buscarle y al punto le traigo.

Y agora desirme vosotros, á verr. Tú, Antontxu, te quedas conmigo pa que no te vea Bibi, si no algo se podría reselar. Pepito va en el díbuli con Bibi; se pasan por delante de don Tomás cuando estean en las fiñuras de la despedida con el drogista. Bibi ya quedrá entonses faroliar y alguna iñusentada tamén puede ser que haga igual. Don Tomás.... don Tomás de todos modos te ve con Bibi y en el coche de Bibi y á verr, entonses, con lo listo que es, á verr quién le hase creer Bibi que no anda favor nuestro en este fregao ¡ni tapoco no le saca eso de la cabeza.... la pareja de Hombretxu que arrastó quinse *pies* la piedra de Arbina-ga en el domingo pasao!—así me han dicho á lo menos. Y Bibi ¡ñe, si le engancharíamos! Bibi tiene muchos votos. En la fraica na más.... Pero tú, Antontxu, memelo, ¿qué hases ahí, hombre? ¿No dises nada?

—Dice y hace—le contestó José—y en pocas palabras contó á Prantzesco las hazañas de Antonio aquella tarde, concluyendo por la de haber hecho creer, sin duda, á Belerín y á don Tomás que don Baltasar Ganguren se había marchado sin haberles recibido ni haber querido saludarles siquiera y muy amigo de ellos, de Antonio y José.

Prantzesco, entusiasmado, abrazó á Antonio.

—Rifa tamén con ese, seguro; ¡buenos chiminías y buenos humos están Villar y Billirin pa perdonar eso! Ene, Antontxu, si te allegamos á sacar diputau!—decía sin dejar de zarandear al joven. Y aunque no te saquemos ¡gusto es el andar en estos endredos!

En pocas palabras también contó Antonio su encuentro con Gallardo al entrar en el pueblo.

—¡Aida Gallardo! ¿Veis eso? Ya te he dicho cuando he cogido la estrada al venir p'hansia acá pa que te verían solo, el coche que he traído yo que no crean. Agora con el cuento si le ha ido á don Tomás ¡mejor! tú en el coche con Bibi.... Antontxu tamén. ¡Antontxu con Bibi! en el coche de él andando en Isturitz..... yo tamén aquí.... y los cuatro unos entrando y otros saliendo, ¡buen fregao traen éstos!—va á disir. ¡Ene y cuando se barrunte lo que andamos en la fregadera! Si se rifa con Bibi.... chicos: Bibi muchos votos tiene. Y luego con Liandro. ... porque algo se reselará don Tomás porque él el caballo ya conose. Y Bibi con Liandro, con lo caballero grande que es Bibi, después de lo que me ha

dicho, ¿me va á dejar á mí en mal lugar? Ya me ha dicho tamén que ya nos arreglaremos del coche, pero yo no, nada, no le voy á quitar ¡yo no! Consinsia sería..... ¡Ene la carretela, ahí va por la calle!!! ¿Qué haséis, pues, aquí vosotros hablar y hablar, nada más que hablar? Listo, Pepetxu, ande Bibi, hala, hala, ospa!..... ¡y di virtir mucho!

Como al decir ésto ya habían llegado muy cerca de casa de Quiliño, José alcanzó en dos brincos á Bibi, que ya le estaba aguardando con el tílburí enganchado.

Prantzesco y Antonio desandaron el camino hecho para atisbar desde la calle misma de arriba en donde estaban, la salida de tílburí y carretela.

Estaba ésta parada á la puerta del jardín de doña Silvestra, el cochero amarraba en la trasera unas maletas, presenciaban la operación media docena de chiquillos y la presidía don Tomás de cara á las maletas y la espalda vuelta á la carretera; á la entrada del jardinete Consuelo escuchaba el palabreo de Belerín, que debía de ser de finos, elevados y dulces conceptos á juzgar por el recogimiento alborozado de ella y el perfilo almibarado del galán. Puede que todo ello no fuera más que inocentadas. El paso entre el carruaje y la pared estaba obstruído por doña Silvestra.

Extremeciéronse de pronto los ecos de la calle con resonar á coche desvencijado; era el tílburí. Venían en él Bibi, que guiaba, José Adey y Gañastaka, tal cual nada más de sentados, porque aunque Bibi era delgado y José no muy corpulento, Gañastaka era poderoso de caderas; pero no era esto lo peor; sino que bajo las corvas llevaban una maleta y un empecatado fajo de duelas que eran verdaderos duelos y quebrantos para los pies y piernas de los viajeros. En resolución, que iban bastante apretos, como dijo Prantzesco al verles, y eso que una parte de las tales duelas, y unos palos sobresalían como un tangón por un lado del tílburí.

Pues así y todo aún pretendía Bibi gallardearse como había visto á Belerín en Tangora, y ya que no en la postura, porque Bibi tenía que ir hecho un sacacorchos con las rodillas apuntando hacia la derecha, las posaderas á la izquierda y el tronco hacia adelante, le imitaba en el llevar las riendas, en el echar por alto el pico de la nariz y tras él la cabeza, y en unos gritos que sonaban á «¡to juí, to juí!» con que traducía el «Stop Whim» del otro.

—¡Consuelito, don Tomás! ¡ya ves, Pepe?

—¡Sí! ¿no sabías? Van á Tangora. Tras de nosotros vendrán.

—¡Cal voy á saludarles ¡y ese títere con la chical!

Echó el tilburi hacia la carretela, y al llegar á ella quiso detenerle, pero no pudo. El tangón de los palos enganchó los faldones de la levita de don Tomás, y dejándole en traje de chulo con más un rollo de camisa asomando entre chaleco y pantalón y rojo de faz con el susto y la congoja, le arrojó una buena pieza dando trastazos contra las ruedas y los caballos de la carretela que, asustados con ello y con el vocerío que crecía, principiaron á patlear.

—¡Para, para, para, animal!

Quería Bibi volverse y no podía más que á medias: la nariz, algo del levitín y el brazo con la fusta, con la que parecía batutear el desconcierto.

—¡Y tuavía te ríes tú, to juí, to juí, eskilaso!

Desenganchóse al fin de mala manera don Tomás. Con que se le quedara, como casi se le quedó, entre manos, un faldón de la levita, ya era mucho para quemarle; esto, sobre lo que ya había pasado aquella tarde, era más que mucho, y todo ello junto, con la añadidura de ver de compañía á Bibi, José y Antonio, pues tal creyó que era Gafastaka, y todos de concierto fautores de tantas desdichas y fieros males, le pusieron en riesgo inminente de hacer una barbaridad.

—¡Bajéis de ahí, salgáis acá!—vociferaba tras el tilburi, alejando con un solo faldón de levita como un *cochorro* gigante y mutilado.

Mientras Bibi gritaba no se sabía qué, quiso Gafastaka echarse abajo, pero le agarró José, en tanto que el caballo, yéndose siempre al grano, tomaba un vivo trotecillo, rumbo á la cuadra.

—¿Y ésto se va á quedar así?—iba diciendo Bibi.

—Eso se arregla en seguida, hombre; no ha sido rotura y lo doscosido se cose en un dos por tres, y en paz. Consuelito tiene unas manos primorosas para eso.

—¿A broma tomas también ésto ó qué? ¿Te parese nada las injurias que me ha tirao?

—Para eso has llevado enganchado á tu coche al alcalde de Tangora, como un emperador romano á un rey vencido.

—Yo no soy emperador, ni carril tampoco.

—Te parecerá á tí, pero cerca debes de andarle; por lo menos ellos te tratan como á un trapo.

—A los tres nos han desafiao. ¡A tí también!

Pues por mí dale memorias; ya ves, Gañastaka ha querido romperle los morros en nombre de los tres y yo no le he dejado, y no le ha roto.

—Yo pegarle no le pego; pedirle una indenización nada más por las palabras ¡vamos! como caballeros; pero ¡Recajo! á aquel saltamachino de Belerín ya le hubiera cortao yo la risa con dos plastasos buenos. ¡Estar la chica delante y reirse como se reía.....!

—Ríete tú también.

—¿Reir? ¡Renegando es lo que estoy yo!

—Eso es lo que quiere él. Si hicieras lo que él hace no te trataría don Tomás como á un chiquillo ¡no te ofendas! ni se reirían de tí ninguno de los dos como se ríen. Desengáñate; andando á la rastra de don Tomás siempre te pasará lo que te está pasando, mientras que si le echas *respe*..... ¡á los hombres como don Tomás hay que cogerles desde arriba, desde arriba.....! El se sube, pues súbete tú más, que ya puedes.

—¡Eso sí!

—De todo aquello que decían en la calle tú no creías nada, ¡pues ándate con ojo! Belerín ha venido á Isturitz y anda por aquí para preparar el terreno para las primeras elecciones de diputados á Cortes. Cuando vino á Tangora anteayer, vino á ver á don Tomás y á hablar con él. Qué le habrá prometido el sobrino de Villar de Lenda y de casa Ansurez, si el alcalde le apoya, ¡vete á saber! pero siempre le habrá podido prometer algo muy del gusto de don Tomás, aunque no valga dinero, porque á la vista está que él no descansa en eso de empingorotarse y figurar. Y si le ha prometido hacerle alcalde de Laibar ó diputado provincial ó qué se yo ¡échate á pensar qué no hará don Tomás para que el otro salga y pueda mejor así cumplirle la promesa! Y en estas y en las otras: «¡Qué mona está usted!» y «Consuelo, ¡qué bien le pusieron á usted el nombre!» y «¡cómo me consolaría usted si su corazón quisiera latir acorde con el mío!»

—¿Eso le ha dicho?

—No me he puesto yo á escucharles; pero bien puede suponerse. ¿No le has visto cómo estaban á la puerta del jardín?

—¡Recajo, sí!

—Y no hay que darle vueltas. Con toda su fanfarria y su Villar de Lenda, ya sabes quien fué su primera mujer: la hija de un tabernero. Dime tú si la hija de un don Tomás, con lo rica que será y con lo guapa que es, ¿porque la chica es guapa!

—¡Eso sí!

—Y si además le dan ya todo mascado, ¿porque ¿á qué la ha traído don Tomás á Isturitz á Consuelo sino á que se vea con Belerín mientras ha estado aquí y á que se traten? Consuelo nunca ha venido á Isturitz por estas fechas. Ya ves, se marcha cuando se marcha él, y en Tangora mismo hace la mar de tiempo. ¿Ya le has visto tú á Consuelo alguna vez á no ser con Belerín?

—¡Recajo, en lo sierto estás, verdá es, Recajo!

—Y mientras tanto tú andas ahí ¡no te ofendas! como un perro detrás de nuestro digno alcalde, y cada vez que te echa de limosna una mirada ó dos palabras, te vuelves á los circunstantes como diciendo: «Eh, noten ustedes que esto es para mí!» y él te tendrá por seguro á tí y á toda tu gente como si os tuviera en el bolsillo, y se lo habrá dicho al otro, y los dos se ríen de tí en grande ¡no te ofendas! pero es la verdad. En dos palotadas te ha suplantado Belerín ¡porque le ha cogido á don Tomás por arriba, poniéndose más alto que él, mientras tu andas arrastrándote!

—Chico, la negra bruma alejas de mi mente....

—Y ya sabes, no es de ninguna zarzuela como eso, ni muy de novela tampoco; pero aquí las chicas en esas cosas, no van nunca contra lo que les dicen el padre y la madre, y yo creo que hacen bien. Pues bueno, mientras no echés respe y le hagas duro, no le agarras á don Tomás, y Consuelo....

—Pero tú, tú te pones á darme esos consejos, para que mi amor... tú, el *ítimo* de Antonio Alduain....

—Si soy amigo de Antonio Alduain, también soy amigo de Bibiano Makalaftu....

—Gracias, querido; ¡choca!

—Ahí va, y el corazón con ella. Dos amigos míos se han enamorado de la misma mujer; ¡es una desgracial, pero ¿qué le vamos á hacer? Que ella elija, y que se resigne en paz el desgraciado. Eso es lo que debe hacerse entre buenos amigos y hombres de bien.

—Hablas como un sabio de *greda*.

—Pero que venga de por ahí un títere saltarán á la pesca de la novia más rica y más guapa del pueblo....

— Eso dite, ¡Recajo!

— Y que vea yo á un amigo querido que se está sobajando y haciéndole el juego al títere y que el títere se está riendo de él y que el padre de la chica también se ríe, y la gente, y todos, por ser él demasiado bueno ... ¿no es de hombres de bien el decirle al amigo: esto y esto estás haciendo y no debías hacer? Pues esto te digo á tí: ahora, si tú, después de lo que te he dicho, te entercas en no hacer caso, bueno; haz lo que quieras, pero nunca podrás decir que no fuí buen amigo y que no te advertí á tiempo.

Tras estas palabras siguióse un momento de silencio: iban todavía á buen andar, porque aún le duraba al caballo la briada de la cuesta de Ereñaga, que habían bajado, y cuando iban pasando por la barriada de Urbidi, creyeron sentir ruido de coche que les iba á los alcances.

No es la carretera áquella de primer orden, ni era entonces de mucho tránsito; había montones de grava á los lados y no podía un coche pasar á otro, sino con mucho tiento, y más á oscuras.

Al volverse José vió la luz de los dos faroles que hormigueaban en los cascabeles, cuyo tintineo, casi acordado con el chirriar de las cigarras, apenas turbaba el silencio de la noche.

— ¡Ellos! — dijo callando á sus compañeros, y á poco, oyeron sonar más alto:

— ¡Heeejé! Apartar un poco.

A lo que contestó una voz resonante, *cual del clarín agudo el limpio acento:*

— ¡Dile á tu amo que á don Bibiano de Makalartu no le da la ganal!

Vió José que la carretela se inflaba por un lado con un bulto gordo y movable. Volviéndose á Bibi le dijo:

— Hombre, acuérdate de que viene ella; ¿y no le vas á dejar pasar?

— Ella no consta. Y á mí ella no me ha dicho pa' que le deje pasar; y á más, que lo dicho ya está dicho! Agora sabrán quién soy yo.

Y con poco más que volver y machacar sobre lo ya hablado y sin que ninguna otra cosa les ocurriera que sea para contada, pasaron por Beraldiz y poco después principiaron á subir la cuesta de Urkidi para entrar en Tangora.

Bien se había portado el caballo; casi de un tirón y sin me-

nester de fusta ni de voces les había traído, pero ya en la cuesta última se dejó alcanzar por la carretela y ambos coches llegaron á un tiempo á casa de Miguel Urkidi, donde se movieron unas sombras que parecían esperarles, una de las cuales resultó ser Leandro mismo en persona.

—Ellos son—dijo avanzando—y cogiendo al caballo por el diestro—¿ande, sisco, está ese Atxirika? ¡Prantzesco!

—Poco gritar. No hay que aumentar aquí de nadie estando yo: el caballo le han cogido á usted para mí y ya se le pagará á usted lo que sea. ¿Hay algo más?

José, mirando á la carretela, vió que volvía á inflarse por un costado, pero esta vez en términos que la infladura se desprendió de la masa y avanzó hacia ellos.

—¡Bien, Liandro! Buena me has hecho tú, tú sí que sí!

—¿Yo? Con las mentiras me han sacao este caballo y....

—¡Cállate, bocota, ó te saco yo las muelas con esta vara. Con las mentiras andarás tú. ¡Suelta!

Y Bibi restalló la tralla sobre la cabeza del animal, que se desprendió de su amo; pero no para tirar hacia Lizaranzu, como Bibi quería, sino hacia la cuadra.

—¡Quieto te digo!—replicó Leandro, volviendo á asir al caballo por el diestro—El caballo es mío, y dejarle. ¡Bajéis de ahí!

—¡Ahura sacarás tú atxakias, ahura...—rezongó la sombra.

Se oyó el caer de un cuerpo á la carretera. Era Gafastaka, que se plantificó en ella con una tranca en la mano.

—¡Tú estate quieto hasta que yo ta diga! Te digo que el caballo ha sido para mí y para estos amigos míos, y yo pagaré lo que haiga que pagar, y no hay que llorar por eso. ¡Yo respondo!

—¡Atxakias me disusté? ¿no le digo á usted, pues, cómo me han sacao el caballo?

—Cállate de una ves, ¡Recajo!, de hablar aquí con ninguno más que comigo!

¿Qué hay, pues?

—¿Qué quiere usted, pues, que le haga yo?—prosiguió Leandro, sin hacer caso de Bibi.

—¡Nada, agora no quiero nada más!—gruñó el bulto.

Y como al propio tiempo diera un embite el cuartago del tilburi hacia la cuadra, exclamó José con la mayor naturalidad:

—Bájate, Bibiano; ya ves, el animal no quiere más.

Y se apeó de un salto.

Con dignísimo ademán arrojó Bibi á Leandro las riendas, y se apeó también. Encargó á una de las otras sombras, de la maleta, duelas y trancas y tras de algunas negativas de José á que le acompañaran y otras tantas finezas de Bibi, los tres viajeros del tílburí echaron á pie hacia Lizaranzu.

Y cuando se me salieron a recibir me saludaron con  
una alegría que me hizo sentir que estaba en casa.  
Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

Después de haber estado un tiempo en la casa de  
los señores de la casa, me fui a la casa de los  
señores de la casa y me quedé allí hasta que  
me fui a la casa de los señores de la casa.

## XIV

**El Terrortxu**

Que algo pasaba en Tangora era indudable. Cierta que cotidianamente amanecía como siempre bella, graciosa y triunfante, cual si emergiera á un tiempo del mar y de la noche, desceñido y arrojado sobre la haz de las aguas azules y serenas el velo de bruma que la envolviera durante el reposo y abriendo los ojos de sus mil ventanas y balcones á la luz del sol que le coronaba la frente con una aureola esplendorosa.....

Cierta que, aunque en calma en tan tempranas horas, era plácido el aire no caldeado aún por el ardor solar; que era grato el discurrir por las pintorescas callejuelas y solares abiertos por donde tranquilamente picoteaban las madrugadoras gallinas; que no sonaba más recio que lo sabido el gruñir de los cerdos que hozaban en estercoleros y barreduras, y suave también y lento el tintinar de las esquilas de las vacas que casi inmóviles pacían el césped de las escarpas que vierten á la mar.....

Que allá, abajo, dentro del puerto ondeaba perezoso el cristal del agua en torno á los cascos de chinchorros y pataches, sin que desde la altura se advirtiera ni en ellos ni en los muelles nada de desusado en el hormigueo de afaenados yentes y vinientes, ni nada tampoco en el alzarse y caer, como de patas de insecto, de los remos de las lanchas que salían las últimas á pescar.....

Pero aun cuando tampoco se advirtiera nada de insólito, escuchando con agrado y sin prevención, en las voces sonoras de las campanas de Andra María que llamaban á Misa.....

Era indudable que las mujercitas que se abordaban en la calle, no lo hacían con el tranquilo «¿zer da?» de inofensivo pesquisiteo, desleído en la media sonrisa de quien tiene humor de echar un párrafo sin apuros, sino que se llegaban unas á otras con visible y comedido susto pintado en los semblantes á charlotear bajito, principiando con un «¡Josús María ta Joshel!» y continuando con suaves empujones con la mano derecha por el hombro izquierdo á la interlocutora entre cabeceo y frecuente santiguarse de entrambas.

Estupor se veía en los rostros boquiabiertos de las vendederas venidas de Arbinaga y de Beraldiz y detenidas más que solían á las puertas de las casas á escuchar el picoteo de las veceras.....

No iba doña Bárbara la de Batiz por la calle con la reposada marcha y lento balanceo de una fragata que corre un largo con una ventolina, sino cruzándose y descruzándose la mantilla sobre el pecho entre amagos de sofoquina y vivo centellear de los ojos en busca de cualquier señora ó mujer á quien echar el garfio del palique.....

Ni Blasilla Garay iba cambiando media docena de palabritas por las sonrisas y cariñoso saludo que solía hallar en cada una de sus convecinas, sino muy grave y como pensativa, mirando á los grupos, escuchando algo y hablando muy poco.....

Grave andaba José Antonio Bafaikoa, escabechero, exalcalde-porsebe y hombre de riñón bien cubierto, y cejjuntos, lo mismo que él, otros muchos porsebes y menstrales; á las puertas de los obradores de los unos ó al pie de la obra en que *andaban* los otros, suspendida la faena ó el viaje que llevaran para charlar por lo bajo, se les veía en grupos de cuatro ó cinco que no se desataban sin que al volverse los unos al taller ó á la obra y al echarse los otros al hombro la herramienta, el *saran* ó lo que fuere, para continuar su camino, no rugieran unos y otros por lo sordo: «¡Sentella.....! ¡Arrayoa.....! ¡Lástimaaa.....!

A media Misa llegaban las vecinas que solían oirla á diario y que antes acertaban á soltarse de los corrillos que se formaban en el pórtico de la iglesia en torno á doña Mamerta la de EfeKondo, de doña Presentatxu la de Laka-Ganboa, de Mari-Jesús Zafabeitia ó de las tres juntas; y á poco más que á lamentar, de vuelta en casa, la quemazón de los garbanzos ó la pegadura del arroz, tras del picoteo reanudado ó *continuado* después de Misa.

No se veía á don Pantaleón de Tofondona á la puerta del huerto de su casa, en mangas de camisa, haciendo que hacía y estando al solo intento de ganar en todo transeunte un prosélito para la causa del progreso con cuatro apóstrofes secos contra el obscurantismo, sino que tras de abrir la puerta de golpe, salía como un ogro de reloj antiguo de música y figuras, descerrajaba por la boca una cantaleta de atrocidades corrosivas, y en cuanto columbraba el menor barrunto de alguacil, se volvía á meter á escape, sin duda para evitar quién sabe qué catástrofes á Tangora.....

Regalado era el andar por la calle de Santo Domingo cuando ya mediada la mañana corría la brisa de la mar enseñoreándose del calor del día y haciendo bailar á las telas, trajes de baño y sombreros de paja colgados á las puertas de las tiendas; pero ni aún entre los bañistas se avivaban las conversaciones acerca de la marea, del baño y de la saludable reacción después del mojo. Los periódicos mismos andaban enfajados en manos de sus dueños, y en todo intento de charloteo entre escogidos, la caye é Alcalá, las largas de Lagartijo, Joveyanos, el Real, sonaban á poco y no levantaban ecos.... Muy al contrario; hasta entre los mismos forasteros se echaba de ver cierta curiosidad viva y como circunspecta de observar á los tangoreños y tratar de entender algo de lo que hablaban.....

Desatendidos é inestimados quedaban los amagos de chiste de Margot Mollanes ó los chisporroteos del ingenio de Tulita en la lengua de Molière.

—Pero ¿qué fatigas son éstas y qué seriedad? ¡Ni que hubiera crisis!—decía al notarlo la Mollanes madre, segura de que sólo habían de gustar la frase los elegidos y sin que la gustaran ni los elegidos ni los sin elegir.

Se preguntaba; se comentaba algo de lo oído; se trataba de esclarecer lo que parecía dudoso. A lo mejor ocurría algún lance extraordinario como el siguiente. Al acercarse un alguacil mofoško, dijo Estopillo:

—Y que parece que tenemos aquí un señor alcalde con toda la señora barba ¡ó con la señora bárbara, ji, ji, ji!—Y como todos quedaran impasibles, creyendo él que el mofoško no le iba á entender y divertir con ello á la compañía, prosiguió:

—Y con unos señores bárbaros de municipales.....

Avanzó á él el alguacil, y á los zapatazos que redobló en el

suelo, de esos que se suelen acompañar con un *¡si te voy ahí!*, quedó toda la faz de Estopillo del propio gualda que sus dientazos, el Estopillito chico con un chiste psicológico malogrado en el gañate, la de las Boyeras hipó un grito trágico, Paquito Bujarra con el excelente corazón hecho sopas, se agarró á las faldas de su madre, mientras que don Carlos Aguilera y el moñosko volvían las caras para reirse.

Los que de cerca ó de lejos habían visto el lance, añadían nuevos comentarios á los que ya estaban devanando, que enredaban luego en diálogos y cuchicheos con los que traía la gente que procedía de la Atalaya, donde á la vez se remansaban transeuntes y rezongueos.

Desde allí se veía continuo aparecer y desaparecer de cabezas, brazos y torsos como de náufragos en mar alborotado y en torno á una tabla, el tablero en que decía «La Fraternidad Tangoreña» y cubría la reja del balcón del casino.

Eran don Juan Bautista Tellitu, don José Marcos de Efékondo, y tras ellos don Lucas de Laka-Ganboa, y Silviano Goikuria en pos de don Pascual Bailón de Gufundegi, por cuya hija suspiraba, y don Zelerino Zafabeitia, exalcalde limaco y otros y otros de aquellos «todos» á que se refería don Tomás cuando dijo á doña Claudis que «si se quedaba la multa impuesta á Miguel Urkidi, Laka-Ganboa sí se quedaba contento, pero todos los demás y perros y gatos en contra mío».

Uno á uno, ó varios á la vez, salían al balcón como si los barrieran de dentro, gesticulaban, agriaban el gesto y volvían á entrar refunfuñando, y á poco ¡vuelta á salir! á arrojar veneno y sapos y culebras por la boca como si les acosaran hasta la baranda del balcón, acogotándoles y gritándoles: «¡Afuera con ello!»

Al fin salían todos por la puerta, medio despidiéndose á gruñidos y sin mirarse unos á otros, pero de modo y manera que á las dose dose ya tenía cada cual las barbas puestas al vahar del cotidiano condumio.

Y mientras lo sazaban con más despotrique, lo propio hacían los porsebes en las cocinas de sus casas, tomando unos y otros de lo que oían asunto y briada para más hablar después en todas partes. Y ¡claro! nada no se hasía tapoco con fundamento: ni el erremendotxu en el tejao de ande Bustintza, ni las mediasuelas pa el chico de Bafaikoa, ni un poco que andaban endredando en

la buerta de don Juan Bautista, ni encolar las patas de la *cónsola* de doña Presentatxu, ni..... nada ¡nada! Hablar y hablar ¡talmente nada no se hace luego!

Verdá tamién que ni ande Bustintza, ni ande Bañaikoa, ni don Juan Bautista, ni doña Presentatxu, ni..... no apuraban tapoco y; con tal de hablar, ni alcuerto no tenían de patas, ni buertas, ni erremiendos, y..... ¡ahi está pues!

Las únicas personas que parecían sobreponerse al hervor de lo que ocurría eran Manuelita Gufundegi..... ¡tampoco! pues si es verdad que ni pensaba siquiera en ello, Manuelita andaba un poco de morro, porque pasaba su garrida estampa cerca de apiñados corrillos de hombres y ¡nada! «igual que si pasara un molso». ¡Semejantes murkos!

El único era *él*. El que con los pies en la tierra én que rugían los hervores, alzaba el ánimo sobre ellos y la cabeza sobre los rugientes. El coloso que al rechinar de sus botas de música acallaba los corrillos y con una mirada los aniquilaba y esparcía: don Tomás de Añanbota y Eñekamentxaka, Alcalde constitucional de la villa de Tangora.

A su paso las calles quedaban despejadas hasta de perros y gatos; en las sombras del fondo del café se sumían al verle Miguel Urkidi y Fulgencio Zengotita (a) Fabordón, y si siempre tuvieron uno y otro las caras tristes y alongadas como de figuras de pintura del siglo XIII de asunto doloroso, cuando después de pasar el alcalde, resurgían á la puerta del establecimiento, semejaban entrambos personajes reaparecer de sendos «carisbajos á quién aguanta más el aliento».

Lo que pasaba era que cumplidos al fin todos los trámites y formalidades legales del caso, se había convocado la elección parcial de tres concejales, de que habló don Pedro Fabián de Lizarranzu á su nieto. Y de lo que en este trance iba y venía, bregaba y oprimía el alcalde de Tangora *¡se desían horrores!*

«¡Don Tomás..... ñee! ni alentar tan siquiera no dejaba á los que tenía agarraos». A los unos por préstamos que les tenía hechos en duras condiciones para la víctima; con amenazas de multeo y cárcel á los otros, y á los demás como podía, andaba infundiendo el terror en todos «p'haserles gombitar el voto favor de los d'él».

En una sesión muy carraspeada habida en el senado limaquil

del casino, la superioridad de don Tadeo Trijuliz se dejó decir que el alcalde de Tangora no hacía más que proseguir el rumbo que le marcaba su carrera política. Que estaba visto (se lo había oído insinuar á alguien, aunque Trijuliz lo daba por feliz atisbo de su propia perspicacia) que no queriendo Belerín exponerse á una derrota en el distrito en las primeras elecciones de diputados á Cortes, había hecho convocar la de concejales de Tangora para *aquillatar la preponderancia* de sus amigos políticos en la villa.

—Es un tanteo de fuerzas prosiguió en voz muy alta, para hacerse oír—es un tanteo que le dará para futuras luchas el recuento de elementos en disponibilidad, hecho en efectivo práctico, y, lo que vale más si es que vence.... ¡si es que vence! el valor moral de la viquetoria.

¡No me meto yo si hace bien ó si hace mal en lo que está haciendo; yo, señores, respeto el sagrado de las conciencias! Lo que digo es que no me asustan los procedimientos elequetorales. En los Estados Unidos....

No pudo proseguir. Bastante tiempo seguido le habían dejado hablar para que no ahogara ya su voz, como la ahogó, el estruendo de la elocuencia casinera.

No revelaba todo ello que Trijuliz estuviera de parte de don Tomás y por sus adversarios los que le contradecían, no. Era que la oratoria limaquil alzaba donde y cuando quiera la contradicción, porque de ella y con ella se nutría y retumbaba. Allí no se ponía nadie de parte de nadie, sino todos en contra de todo y de todos, y con un humor de doscientos mil demonios.

—Nadie no me tiene que disir á mí cómo fué ni cómo no fué—se oía exclamar en un corrillo muy apiñado de la calle—yo, yo mismo estuve delante y Miguel tamién al par mío, en el pórtico de la iglesia; y Miguel podrá desir si no. Y cuando el esquiribano leyó el papel ¡vamos! cómo le había vendido Hombretxu la heredad á don Pedro Fabián, saltó don Tomás y se entró así ¡op! apartando á todos á bulsiscones hasta la metá, metá de todo, y dijo: «¡yo... como propinco... quiero lo que se trata de vender á presio de hombres buenos!»

—¡Y más aunque sea; ya tengo yo cuartos pa eso y pa hogar á todos esos tamén!

—¡Eso no dijo!

—¡Sí dijo!

—Yo eso no le oí.

—Pues si no le oíste, ¿entonces pa qué dices?

—Que no le oí yo que dijo eso.

—Ya habrá dicho, hombre. Disir ¿que cuesta? Bocota fásil es.

—¿Y pa qué hase, pues, agora eso don Tomás?

—¡Otro! ¿No sabes el ferrocarril que tiene que pasar por ahí? Nombre de don Pedro Fabián sí, pero eso para don Braulio Afe-gi sería pa haser la linia; y don Tomás siendo propietario, don Braulio y don Pedro Fabián estando contra en las elecciones, en día de mañana les podrá desir: «por aquí no se pasa.» Con espropiación claro que al fin ya le sacarán pero, siempre y cuando perjuisio le puede haser, tardando aunque no sea más, y pa un ferrocarril eso... ¿ya comprendes agora? Además, Juan José tendrá con eso favor suyo. El tiene agora aquella heredá; y Juan José voto suyo y otros tamén con él. Y mucho repompe con aldianos ¡hola! comprar y comprar... ¡aquí mucho dinero hay! ¡Y el respe que le ha tirao á don Pedro Fabián quitándole las tierras y, ¡más que tú soy yo!

—¡Sustantzebakerias!... Yo, á lo menos así le tomo. Sustantzebakerias grandes na más. ¡Loco está Añanbotatxu! ¡Qué, pues, qué?... Comprar tierras, comprar tierras... Con comprar las tierras ¿qué tiene, pues? La linia no le quitará más que un poco... y eso... ¡si se pasa por ahí! que entuavía no sabemos...

—¡Ya se pasará .. cuando aquel ha compraó...!

—Y aunque se pase. Un poco na más no le quitarán; con lo demás él se tendrá que quedar. Y mucho no vale aquello. Tierras ya le gustan sí, pero... en la ocasión y, amarrando barato... ¡esto diferente es! Y con espropiación tardar... yo sí, ya tardaría á sacarle, pero don Braulio Afe-gi ya le sacará pa cuando le haga falta. Votos de Juan José... por la heredá arriba abajo, Juan José si le kiñan igual le dirá: «¡pues ahí tienes la heredá, tómate y en pas!» Pa echar repompe de dinero... por el repompe na más si no es... aquí cuasi cuasi, ya sabemos todos lo que tiene y, no le hasía falta comprar tierras; por el respe que ha echao ¿quién no sabe, pues, aquí siendo pariente que se puede quitar las tierras que se venden fuera de villa estando? ¿Respe! Si sería ser pariente de la casa de Olan ó de don José Félix de Uriarte ó así... pero ser pariente de Hombretxu ¡vaya un respe! ¡Loco, loco está ese hombre!

—Don Pedro Fabián listo es ¡aiñ! Bien le ha hecho. Primero

compró terreno de Tokolo; y don Tomás ¡propinco! Tómate, pues, pa tí. Ahura que no tengo que gastar cuartos en lo de Tokolo, la buerta de Mari Crus, y Pedro Juan con diñero de don Tomás ¡propinco! Tómate tamién, pues, eso. Agora la heredá de Hombretxu y ¡propinco! y tómate y gástate dinero. Yo no sé ¡ñusente le han vuelto!

—¡Ñel con lo fiño que ha sido aquel p'al ochavo ¡conde, conde! gastar así agora ¡atontao está!

—Luego la buerta de Mari Crus con dinero d'él y ¡nombre de Pedro Juan que ha tenido que poner... pa tener igual cualquier custión ó ¡salsa! mañana en día... ¡mentira parese! ¡Loco, loco le han puesto!

—Ahi... Billirín si no le ha dicho pa comprar todo y que él le dará luego...

—Sí, pues, Billirín, Billirín es la runflansia y... ¿dar...? Como no le dea después algún ticornio con plumas de los que tendrá él en el camarote... ¡Begisko cualquiera diría que le ha hecho! ¡Cosa semejante!

—¡Ojala amén le dea... bemorias na más pa que se divierta! Sí, hombre... ¿No es pa disir eso del hombre que anda por el pueblo como él anda ó qué? Me das el voto ó te echo de casa... me das el voto ó te quito hasta la ramienta que tienes pa trabajar... zapaldu á multas si no andas favor mío... á Miguel y Fulgencio lo que les hase... ¿no es pa renegarse ó qué? ¡Lástima...!

—Con disir na más no se hase nada ¡haser es lo que hase falta, haser!

—Ya se hará lo que hagan los demás ¡y más aunque seal

Con la misma viveza se comentaban los sucesos en los corrillos femeniles.

—¡Ella la pior, mujer, ella, ella! Antes, con el sin sin, sin son del dinero, sin más, que se gobierna el ganao disen que desía y ahura pa votar el dinero y, ¡si hay que gastar, gastar! ¡Locos, locos se han vuelto!

—Y ella, pues, disen que es la que más le dise, duro que haga con los que estean contra. Mandar y... trunfar, sin mirarle siquiera á lo que digan en el pueblo...

—¿Qué pueblo ni...? ¡Si...! En el otro día disen que le dijo ella á él: «¿Qué nos importa á nosotros luego del pueblo ni de nada? A vivir á Laibar iremos y, or compón.»

—¡Hola! La reina doña Reclaudis... ¿más inflada de lo que está se piensa inflar entodavía que no va á caber en Tangora?

—¡Mire usted ella! ¡Lo que no hemos de ver!

—A eso de ir á vivir á Laibar él ¡furrum! dise que le hiso.

—La última pisca de juisio; para ahura ya se le habrá acabao.

—Sí, sí, eso dite, por Dios, mujer ¡vuelta les ha dao á la cabeza ese títere Billirín!

—¡Semejante pendejo! ¿y se va á casar con Consuelito ese ó qué?

—Mayor castigo de Dios no les podía caer á ellos..... porque Claudis y Afanbotatxu como mareaos están ahora, así... de..... *fantasia* y faroliar; pero en cuanto se les pasara la moskoña..... ¡y pronto se les pasaría! la cabeza con aire se despeja y menudo aire ¡sí! le daría aquél á los cuartos!

—¡Meresido tendrían!

—Yo no, mujer, yo no quisiera, por el pobre Antontxu Alduain aunque sea; ¡lástima me da el pobre!

—¡Otro memelo está ese, memelo grande! ¿No sabe, pues, en Tangora, las chicas así, como Consuelito, pa indiano que tienen que ser?

—¡Mujer, siempre por qué? Pues ya parese ella que le pone buena cara.

—Buena cara sí, al que le dise bien y, ¡qué guapal y ¡qué guapal! Claro, ella contenta. Ellos también ya tienen la culpa ¡qué! Siempre guapa y guapa, aquí que no hay más chicas guapas que Consuelito y Manuelita parese ¡luego muchos humos!

—Pues Billirín indiano no es.

—Indiano no, pero más que todos los indianos y todas las Indias junto para ellos sí. Las judiadas que están hasiendo en el pueblo pa el gusto na más de ese eperdicara.....

—Mucho ya se habla también.....

—¡Mucho ya se habla, mucho ya se habla? ¡Poco ya se habla si dirías...! ¿Ya has oido tú mucho ni nada tapoco, esta mañana mismo, Mari Jesús, la viuda de José Pamintxa cómo me ha venido llorando? ¡Ande mí, ande mí, nadie no me ha conta! Afanbotatxu que le ha ido, los dos hijos casaos el voto si no le dan favor de los d'él ¡duro que le hará! con el préstamo que le tiene tomao y réditos y... . drogas; y ella, la pobre, ella á ver qué tiene que ver, pues, ella con los hijos casaos, los hijos casaos, ellos que ten-

drán cualquier compromiso con los amos igual y á los hijos casaos, á ver, pues, ella, cómo les va á haser que le dean votos ni botas tapoco; y el etonses: «¡tú te arreglarás como quieras, pero si no me das votos, hasta caldara y lastamañagi te saco de casa!»

Y á verr, pues, ¿ya es eso consinsia ni vergüensa ni calabasal ¡Txatxalo, más que txatxalo, canalla! Todos le han conosido aquí comiendo na más que borona, sin camisa y con piejos y ahura por unas.... fantasias de runflansia que le va á sacar ese Billirín andar así á los pobres y poner así todo el pueblo pa que se ría ese eperdi meneo de.... drogas!

—¡Mujer y á Antonandi el de Arbineta tuavía antayer lo que le dijo....

—¡Qué! y eso qué comparasión tiene con lo que le ha hecho á Garlopatxu, á él y á los hijos y á los yernos....

Todos estos diálogos, y otros semejantes, y otros que parecía que no iban á acabarse nunca, quedaron cortados de repente por un como relámpago sin luz que estremeció el pueblo de punta á cabo.

—¡Eeeh.....! ..... ¿Zer.....? ..... ¿Zer da.....? ..... ¡¡Cartzel esaizu.....? ¡¡Bai, Bibi Makalañtu cartzelari darue!! ¡Ene.....!! ¿Zegatik? ¡ia, ia zer dan.....! ¡Ene! ¿Zer egin dau? ¡¡Ene, ia, ia zer dan!!

Retemblaron vidrios y ferrajes de puertas y ventanas que se abrían de súbito; Josepa la de Garlopatxu, asomaba con las horquillas y el cordón del pelo en la boca y con las manos en el pañuelo de la cabeza, desatado; se lanzaba portalada afuera Visente, el calquero, con la obra en la mano izquierda oprimida contra la *gutifarra*, la cuchilla en la diestra y mirando por cima de las gafas; se plantificaba en medio de la calle Venansio el panadero, sin boina ni chaqueta ni chaleco y con pegotes de masa en los dedos, lo propio que los pinches cuyas cabezas se enracimaban á la puerta de la panadería, y al ruido de las voces de hombres, mujeres y chiquillos que corrían empujándose, de los perros que ladraban y de tales ó cuales trastos ó enseres que rodaban dando tumbos, se unía el estruendo de dos tablones y una masera que caían ¡*guardabajo!* desde el tejado en que andaba Plastatxu el albañil que *ramienta* en mano y seguido del pión y del ofisial corrían, rompiendo tejas á asomarse á ver, pues, lo que pasaba, mientras en el tranco de una puerta una criatura tumbada tripa arriba lloraba clamorosa sin que nadie la acudiera.....

La gente corría hacia el Consistorio y á la calle que subía á él desde el puerto, por donde traían al preso.

Entre dos alguaciles, cabizbajos, en silencio y atemorizados, marchaba Bibi, aunque un tanto pálido, afetxo y gozoso, con la boina ladeada, dejando asomar el pelito emplastado sobre la frente; pedía con el ademán calma y prudencia á las voces y sonreía á los gestos y actitudes favorables á él que por doquiera se oían y notaban, y era el más sereno de todos entre aquella multitud de caras largas y de miradas de susto ó de indignación.

—¡Una vergüenza es esto.....! ¿Quién quiere salir conmigo á no dejarles á llegar?

—¡Cállate, hombre! En el puerto, Gafastaka y, cuando no les han echao al agua á los aguasiles..... ¡Pero él no quiere! favor de ellos se ha puesto, y, pa dejarles; él que le lleven á la cárcel y ya veremos luego.

—¿Qué, qué vamos á ver aquí? Ese hombre inflao de fanfarria y de mandar... Si en el otro día cuando estuvo con Billirín y con Gobernador en Laibar los dos le dijieron para haser en Tangora lo que le dea la gana y ¡duro!

—¡Con la gente ni hablar tan siquiera si no hase como antes!

—Bibiano que ha dicho que le traigan á él el papel de la multa cómo le ha tirao el alcalde de Isturitz, si no que no paga. ¿Y disir eso es pa llevar el hombre hondrao á la cárcel?

Cuantos al correr al suceso iban á pasar por la Atalaya, quedaban allí detenidos al ver á don Tomás con bastón de autoridad, plantado arrogantemente en medio de la plaza y acompañado de Laka-Ganboa, Pedro Juan de media fiesta y tranca en mano, y de un alguacil. El balcón de *La Fraternidad Tangoreña* rebosante de limacos; algunas cabezas asomando por las ventanas; corrillos en todas partes, y un murmurio general de conversaciones, que cesaron al ver al cabo de alguaciles, quien poroso y á buen andar venía de hacia el puerto y se acercó al alcalde.

—¡Ya está!—dijo, echando un dedo á la visera de la gorra.—M'he ido allá y l'he dicho que no voy á andar en vueltas, ni tengo que oir nada tapoco. Que diga á ver si quiere pagar ó no; si no, á la cárcel. Se ha querido empresipiar á hablar, pero en séguida le he cortao, y á ver, si quiere pagar ó no; él otra ves, pli pla, pli pla, y yo «¡halal!» á los otros «¡lleveléis!» y ya le llevan.

—¡Bien hechol!

No bien lo hubo exclamado el alcalde, cuando avanzó hacia él don Pedro Fabián de Lizaranzu, tranquilo el continente y en medio de la expectación de toda la plaza.

Se inmutó don Tomás al verle y le tembló un carrillo, pero consiguió fruncir el cejo, aunque no mantenerse tan arrogante como quería.

—Zeikek ezer Endorea, entzun artean *bestea*...

—¡No hay que hablar á mí como aldeanos; yo también ya sé en castellano!

—Aunque usted no quiera nada con la aldea, le hablo á usted así porque *yo soy, y quiero ser* aldeano; pero como también hablan en castellano los aldeanos en Castilla, y aun en nuestra tierra, se lo diré á usted en castellano: *No hagas nada, Alcalde, hasta oír ál otro*. El uno es el cabo, *el otro* es Makalartu; ya sabe usted...

Un murmullo de aprobación acogió las palabras de don Pedro Fabián; se le acentuó con ello á don Tomás el temblor del carrillo y principió á perder el aplomo, pero invocó á los manes de Belerín y Villar de Lenda, sumió el espíritu en el piélagos de sus flamantes amistades y se sintió templado para grandes empresas.

—Aquí..... el alcalde soy yo, y usted..... para desirme á mí á quién tengo que oír.....

—¿Yo? yo no hago más que poner la voz. Quien se lo dice á usted es el alto sentido de justicia de todo un pueblo; del nuestro. El dicho es más antiguo.....

—¿Antiguo.....? Yo no quiero ser antiguo; eso..... pa otros—y viendo abrirse las puertas de la luz y del triunfo al recordar lo que había oído á Belerín, concluyó, acentuándolo con un bastonazo en el suelo:—«Desengañes'usté..... el mundo..... no es de los hombres de ayer, sino de los hombres de hoy».

Y dando con ello por muerto á don Pedro Fabián, le volvió la espalda y se largó á buen paso al frente de sus secuaces.

Aunque la ironía de algunas de las palabras del anciano caballero se escapó á muchos de los que las escucharon, á casi todos se les alcanzó la justicia de lo que al alcalde había dicho y á todos impuso la presencia de don Pedro Fabián y su terciar en la ocurrencia. Así fué que hasta quienes no seguían, ni aun con la opinión á lo que él patrocinaba y defendía, se callaban, y sólo se oía por donde quiera comentarios favorables á Makalartu, pala-

bras de reverencia y elogio para el señor de Lizaranzu y ásperas y muy acres censuras contra don Tomás.

Poco á poco, y con el entrar de la noche que traía de la mano á la hora de despachar la cena, fueron enflaqueciendo los corrillos y profiriéndose las últimas pestes entreveradas de despedidas al ir, los últimos interlocutores que quedaban, separándose unos de otros. Y del mismo modo que al ardor y á la luz del sol siguió la escasa de las lejanas estrellas, tras tanto dicharacheo en las calles, se hizo el silencio..... turbado sólo por las notas también lejanas de una habanerita á guitarra y acordeón.

Sin embargo, aún mantenía vivo el rescoldo de lo de la tarde una media docena de nocharnegos encostrados en el fondo del café de Fulgencio.

—¡Vamos, vamos!—clamaba de vez en cuando el cafetero— las *días* y media van á dar y sin serrar entuavía ¡y me tienen amenasao! ¡Vamos, hombre.....!

—¡Ahora vamos!—contestaba Bañakoa haciendo como que se movía, pero sin dejar de hablar. Y como andaba también en la danza el multorrio aquel á Miguel Urkidi y Fabordón que aún estaba en carne viva, la nariz y las barbas del cafetero volvían á acentuar su palabra lamentosa metiéndose en el centro del corro.

—¡Cuidao, que vienen!—dijo Antonio Alduain entrando á escape.

—¿Quién viene?

—El cabo, otros dos y Pedro Juan vienen hacia acá.

Tres de los parroquianos se lanzaron á la puerta y callaron todos mientras Fulgencio se ponía de rodillas en el mostrador, pronto á apagar el velón....

Nada; el acordeón había callado, y sobre el confuso hervor de las rompientes, sólo persistía el zangarreo de la guitarra.

—¡A Garlopatxu y, si les apretan, allí ya sacarán tres..... cuatro votos; pero de la metá de la calle pa ca, ni tapoco..... viento!

—¡Si no les apuran no, però.....!

—¡Ni viento te digo!

Decirlo y penetrar como el huracán cuatro hombrones por la puerta del café, todo fué uno. Se apagó la luz.

—¡Sálgais por ande se pueda!—aulló callando Fabordón metiéndose bajo el mostrador.

Antonio Alduain y otros dos se descolgaron por un balcón

zaguero. Bañakoa embistió de frente á la puerta, arremetiendo á los que entraban. Con un bulsiscón á la izquierda, y á la derecha un zapatazo con intención de dar en espinilla, abrió brecha y se escurrió por ella á la plaza, mientras que el bulsiscazo venteaba el garrote, daba al hacerlo al compañero de la derecha, y el trancazo, hacia la izquierda, al ya golpeado en la espinilla, quien, naturalmente, con doble furia, echó por alto el bastón pegando en hojalata y en loza ó vidrio que se hizo añicos y descargó el golpe, que retumbó como un cañonazo al dar en una mesilla de chapa de hierro, en tanto que los demás aun se atizaban algunas patadas y palos de ciego antes de que por las voces de los ajos y puerros con que los sazocaban, cayeran en la cuenta de que eran ellos solos, los entrantes, quienes á sí mismos tan mal se paraban.

—¿A quién pegas tú? ¡¡Quieto todos!! ¡Reconde..... ensiéndete un misto!

—¡Poco ensender! aguarda. ¡Siisco..... todo el betrolío me ha caido ensima..... aaak.....! ¡Pschaá!

—¡Recajo! ya podías mirar ande escupes ¡á la cara cara me has tirao todo!

—¡Qué mirar? ¡Sí! ¿Gato ó qué soy yo? ¡Halal ya estoy en la puerta; ensiéndete de una ves.

Prendió la cerilla al cuarto charrasqueo, y á la escasa luz que esparcía, vieron como una cabeza parlante, la de Fulgensio, que asomaba por cima del mostrador.

—¿Qué andáis.....? ¿Qué pasa, pues?

—¡Contravención..... multa!

—¡A serrar pronto!! ¿Ande se han escondido esos que tenías aquí? (Patadas en el suelo, trancazos en el mostrador y dos banquetas patas arriba).

—¡Qué contravención? ¡Aquí no está nadie más que yo! (Siguen los porrazos). Las díes y media al punto han dao..... apagao todo..... serrando estaba..... (Estruendo de una mesa que se tumba).

Algunas sombras de bultos gordos se mueven fuera, hacia la puerta; y el del betrolío, que está por allí, como si le sonara á toque de carga la voz de Fabordón que parecía salir por el pigo de la cafetera, avanza á paso redoblado.

—¡Sentella..... entuavía tienes que hablar! (Gran tantarantán á aquel artefacto, que rueda, partido en dos mitades, vertiendo negro líquido de sus entrañas).

—¿Qué te ha hecho á tí eso? ¿Pa qué le tienes tú que pegar á eso?

Emulo en ardimiento otro que no había hecho casi nada, vuela de un estacazo un platillo de bizcochos y una botella de anisado.

—¿Y este perjusio á mí quién me paga?

—¡Cállate si quieres! Así escramientarás pa otra vez. Agora já serrar pronto y callar! ¡Vamos!

Fulgensio solo, y á la luz de una bugía, contempla el estrago.

—¡El ha sido..... en la puerta estaba ¡como perros *isando* á los otros!—exclama con lágrimas de rabia.

Su hacienda ¡qué! los timbres de su casa y de su estirpe: bizcochos, anisao, betrolio ¡comer, beber y arder..... todo por los suelos, pisoteado!

Deja la luz; asoma á la puerta. En el fondo de la plaza columbra las sombras de los bárbaros que se alejan, y en medio de ellas la de su gigantesco jefe.

El cafetero transfigurado, magnífico, ebrio de furor y en arrebatada exaltación por todo el café vertido que clama venganza y le atenacea el corazón..... y la garganta..... y ¡le ahoga.....! ¡le ahogal, estalla al fin gritando:

—¡¡Tripotaal!

OSCAR ROCHELT.

## A Zabala eta Otxamiz-Tremoya (1)

El Rdo. P. Juan José de Ufáburu

El concepto que tengo formado de la importancia del P. Ufáburu en filosofía, me será posible y gustoso declararlo con testimonios de autorizados escritores que en bien redactados artículos manifestaron el suyo en la Revista *Razón y Fe*.

«Para no distraerme de mi propósito más de lo preciso, sólo advertiré de pasada que ni Francia, ni Italia, ni Bélgica, ni Alemania han tenido en el siglo XIX muchos filósofos católicos de la talla de Balmes; que el cardenal Fr. Ceferino puede presentarse al lado de los mejores filósofos católicos que han honrado en el pasado siglo las diversas naciones europeas, y que en la brillante y actual restauración de la filosofía escolástica las *Institutiones philosophicæ* del R. P. J. J. Ufáburu, por lo menos merecen uno de los primeros puestos, y tal vez no ande exagerado quien le conceda el primer lugar».

«Uno de los mejores filósofos extranjeros ha emitido este parecer sobre las *Institutiones philosophicæ* del P. Ufáburu: «Esta obra es con mucho el más extenso tratado de filosofía tradicional publicado en nuestros días..... El autor acude frecuentemente á las ciencias naturales, y no omite ni las cuestiones interesantes y útiles excitadas por los filósofos modernos, ni la refutación de sus errores. Estos ocho volúmenes están destinados á ser una rica

(1) Correspondencia particular publicada con anuencia de su autor.

mina para el filósofo y el teólogo, el crítico y el erudito. Difícilmente se puede en otras obras adquirir más pronta y fácil noticia de las cuestiones propias de la filosofía tradicional. Por eso jamás recomendaremos bastante esta obra á los profesores de filosofía y teología». (El P. Carlos Delmás, *Etudes*, t. LXXXVIII). «Quien haya manejado las *Institutiones philosophicæ* del P. Ufaburu tendrá por rigurosamente exactas estas apreciaciones. En efecto, se proponía el P. Ufaburu al escribir su obra, descubrir los tesoros de sabiduría que encierran los libros verdaderamente áureos de los buenos autores escolásticos, y señalar la mejor manera de unir la filosofía cristiana con los hechos y datos acumulados por la ciencia moderna. Si ha estado el P. Ufaburu feliz en esta doble empresa, sábenlo cuantos hayan tenido aliento para leer siquiera una buena parte de las 9.000 páginas repartidas en ocho gruesos volúmenes. Tal es, en verdad, el conocimiento que esa obra manifiesta de las doctrinas escolásticas, que, acomodando la célebre frase de Bossuet respecto á Suárez, se ha escrito, que quien oye á Ufaburu oye á toda la escuela. Otros han ido más lejos, y han creído que la riqueza de filosofía antigua esparcida en la obra del P. Ufaburu hacía poco menos que inútil la lectura de los autores antiguos.....» «Y no se vaya á pensar que de tanta erudición resulte un todo incoherente é indigesto; antes las citas parecen allí como nacidas, se traban tan naturalmente con lo restante de la obra, que forman con ella un cuerpo de doctrina perfectamente compacta y regular, completan y aquilatan los conceptos y arrojan vivísima luz sobre todas las cuestiones. Advertiremos también que toda esa doctrina de la sabia antigüedad viene como remozada con los nuevos datos de las ciencias modernas y recientes investigaciones de filósofos posteriores. El P. Ufaburu, á la vez que ahonda como pocos en las cuestiones, tiene como nadie el singular don de exponer con claridad las ideas más abstrusas de la filosofía, y en muchas cuestiones de tal manera agota la materia, que el lector halla aquí reunido cuanto con dificultad encontraría diseminado revolviendo un estante entero de obras de filosofía antiguas y modernas».

«Es el P. Ufaburu uno de los más genuinos representantes de la filosofía escolástica que durante su historia ha existido. ¿Quién, por escasas que sean su erudición y competencia filosóficas, no ha visto y admirado en el P. Ufaburu el escolástico de pura cepa,

profundamente convencido, pero prudente y nada extremoso; irreconciliable con el error, sumamente medurado en las palabras y censuras; amante enamorado de la claridad, de la solidez de los fundamentos y derecho de los raciocinios? Penetrando nuestro escritor en el corazón de la doctrina y del método escolásticos (que forman juntos y no una sin el otro, los caracteres esenciales de esta filosofía), la profesó en toda su pureza, siempre apoyada en los dos ejes inmovibles de los principios apodícticos de la razón, por un lado, y de los datos de la experiencia, por otro; con lo que la presentó libre de cierta herrumbre y escoria y la arreó con muy suficiente erudición y crítica de opiniones propias y extrañas, y ésto sin filiación alguna, aunque apreciándolo en lo que vale, con el moderno grupo de los que, como formando corro aparte, se apropian á sí mismos el título de *neoescolásticos*. Por donde los libros del P. Ufaburu son de los más aptos para disipar las inveteradas prevenciones contra la Escolástica y para persuadir que es ella la filosofía que más se aviene con el espíritu positivo y objetivo de nuestra época; como ya en ello van cayendo varios críticos contemporáneos».

«No es el P. Ufaburu muy original en sus ideas, porque apenas cabe esto en la Escuela, aunque sí lo es en deshacer las nuevas objeciones, y aun en proponer soluciones de algunos problemas de los que plantea el estudio incesante de la naturaleza».

«Dentro de los varios matices con que se hermosea la Escolástica, tenemos al P. Ufaburu por el más legítimo y vigoroso renuevo de aquella rama que, más que arraigarse en ciertos principios y adagios metafísicos, cuya profundidad á veces frisa con el arcano, anhelaba, allí donde no brilla el esplendor de la evidencia metafísica ni física, nutrirse del sentido común, no del ciego é inconsciente, sino del avisado y certero, aunque llano y asequible; de ese *buen sentido* al que no cesan de baldonar los modernos racionalistas, y con tal desenfado, como si el desdeñar el sentido común ya fuese entre esos intelectuales verdad..... de *sentido común*».

No es extraño después de ésto que la prensa católica le tributara los más merecidos elogios como á varón de eminentes virtudes religiosas y sociales y también como á uno de los primeros sabios y filósofos de nuestros tiempos.

Lo que yo por mi parte puedo decir, después de significar mi entera conformidad con el juicio emitido en las precedentes líneas, es que idéntico modo de pensar es el de todos los profesores de filosofía y teología á quienes he oído hacer sus elogios más de una vez.

El hecho de citarle como autoridad, como lo he visto, autores notables que van al frente del movimiento filosófico y teológico de nuestros tiempos, es un indicio nada equívoco de su grande importancia y del aprecio que de él hacen las primeras autoridades en las expresadas ciencias.

Yo he leído varios volúmenes íntegros y cuestiones sueltas no pocas de los otros, y por la claridad de expresión, orden de exposición, solidez de argumentación, plenitud de asunto, y otras buenas cualidades tan deseables en las obras, principalmente de este género, me parece debe ser colocado muy por encima de los filósofos modernos de mejor nombradía, como Sanseverino, Zigliara, Liberatore, Ceferino González y otros tales.

De consiguiente, podremos calificar, sin temeridad ni presunción alguna, de gran filósofo á nuestro para todos simpático *aber-kide* y *Zeanuri'lar*; y afirmar que su cabeza fué verdaderamente *de oro*, aun en sentido espiritual, como parece significarlo la etimología de su nombre *Ure+buru*.

Es, por tanto, una verdadera y verdaderísima *notabilidad*.

### La teoría individualista

La primera é imprescindible condición para juzgar sobre el valor de una teoría es conocerla á fondo, puesto que sin este conocimiento sucederá á menudo pelear con duendes y dar ocasión de risa (si no de otra cosa peor) á su inventor y defensores. Yo no estoy seguro de poseer esta condición, y me consta que carezco de otras también absolutamente necesarias para no desvariar; pero considerando por una parte á quién escribo, y por otra que no es por propia iniciativa mi intervención en el asunto, tendré la sinceridad de decir con llaneza lo que me parece acerca de la doctrina contenida en el artículo «Observaciones á observaciones».

Un estudio más reposado me podría poner en condiciones de

formar proposiciones ordenadas que enunciasen con todos sus matices los pensamientos de este valiente artículo; pero atendido todo, habré de contentarme con seguir paso á paso y escoger por el orden en que se hallan las afirmaciones pertinentes al asunto.

1.<sup>a</sup> «Aparte de la dependencia de Dios y de lo que Dios haya ordenado expresa é indubitadamente, no debe el hombre ser sometido, á la fuerza, y contra su voluntad, por el hombre y para el hombre, como sucede hoy que le somete el Estado para el Estado, que por mucho que se discurra no es otra cosa que sujeción de hombres á hombres y por los hombres ó para los hombres».

La parte teórica de esta afirmación la encuentro muy en su punto, entendiendo la predicha ordenación, á lo menos hipotéticamente, como supongo que V. la entiende, no sólo la que se conoce por vía de revelación positiva, sino también la obtenida por medio de la revelación natural ó dictámenes evidentes de la razón, que en semejantes casos es intérprete genuino de la voluntad del mismo Dios. Ahora, si se afirma que esta hipótesis de la revelación *natural* no se realiza sino por error de los hombres en orden á la sujeción del hombre por el hombre y para el hombre, es cuestión que más adelante se ventila *ex professo*.

También me parece bien que la sujeción del hombre por el Estado y para el Estado, no es otra cosa al fin y al cabo que una sujeción de hombres por hombres y para hombres. Porque en realidad, por mucho que se aguce, difícilmente, digo mal, será imposible encontrar aquí más que relaciones de hombres á hombres, con el bien entendido, sin embargo, de que, aun dentro de la teoría común, si esa sujeción es de las llamadas legítimas, generalmente hablando influirá también en el bienestar del mismo individuo, ó á lo menos esto es lo que pretende ó debe pretenderse al ordenarse la tal sujeción, que si la tal ordenación no promueve el bien común, deja de ser ley y pasa á ser pura arbitrariedad que, lejos de llevar en sí la fuerza divina de obligar, provoca la rechiffa y desdén.

2.<sup>a</sup> «Admito... que el hombre es naturalmente sociable y que para que haya sociedad es menester que haya autoridad en ella; pero rechazo, entre otras varias cosas, que no baste para el conjunto de los hombres sociales la autoridad del Autor de la sociedad del hombre, ó dicho más claro, de Dios y de su representante en la tierra, la Iglesia; y para la mujer casada la autoridad de su ma-

rido, en pena de haber instigado Eva á Adán á que comiese del fruto del árbol prohibido. Rechazo también que el hombre no pueda elegir libremente y en el momento que guste la sociedad de aquellos hombres que sean de su mayor agrado, y que entre ellos no pueda preferir para autoridad la persona ó personas que más le satisfagan.»

Lo que al principio del párrafo de donde he tomado esta cita se califica irónicamente de invento, creo que está hecho con acierto. De que el hombre sea sociable, y que no pueda haber sociedad sin autoridad competente, no se sigue ni con mucho, que el hombre haya dominado bien al hombre en los tiempos anteriores, ni que de esa manera lo siga haciendo en los tiempos que corremos. ¿Y el abuso por ambición, por error, por miedo... por...?

La sociabilidad del hombre, quiere decir que Dios le dotó abundantísimamente de cualidades para vivir en sociedad, que le puso en lo más íntimo de su naturaleza un impulso casi irresistible á su realización, no sólo para su contento, sino también para subvenir á sus múltiples necesidades y para lograr el perfeccionamiento más cumplido de todas sus facultades, que sin ella le sería imposible, y que con ella, bien constituida, lo podrá conseguir en mayor ó menor escala, según sus energías individuales y la cooperación más ó menos intensa y eficaz de sus semejantes. Quiere decir, por tanto, que tiene derecho innato á constituir sociedad dentro de los moldes inmutables de la moralidad que le son descubiertos por la ley natural ayudada también en esto de la positivo-divina, ambas participaciones de la eterna que vive en la mente de Dios. Mas, no, ni con mucho, que un hombre tenga derecho para exigir, aun con violencia, de otro hombre el ejercicio de este derecho, y hasta si se quiere deber en cierto sentido. De donde se seguirá que la autoridad es también *natural* en el mismo sentido de la sociedad, y aun si se aprieta, en un sentido algo inferior, puesto que á un elemento de un todo no se le puede atribuir toda la eficacia é importancia que á éste, y es evidente que la autoridad no pasa de ser uno de los elementos que integran la sociedad. Ahora bien, si de la libre voluntad de todos y cada uno de los hombres depende la formación de la sociedad, de la misma libre voluntad ha de pender necesariamente el grado de la misma, y consiguientemente la determinación de la autoridad y del alcance y de los límites, dentro de los cuales ésta ha de ejercer sus funciones, sin que ni la

persona, ni el tiempo, ni los asuntos, ni nada, en una palabra, de cuanto á ella se refiere, tenga razón de ser en derecho, sino en cuanto y por cuanto la libre voluntad de los asociados se lo haya explícita ó implícitamente otorgado. Todo esto en principio, á lo que yo alcanzo, me parece muy puesto en razón y justicia. Mas, que para toda clase de sociedad sea suficiente la autoridad de Dios por sí misma, si no se nos manifiesta más que por los medios ordinarios hasta el presente dispuestos por la divina Providencia, aun contando con la Iglesia, que no cuida de lo temporal sino indirectamente, me parece exagerado, ni me persuado de que usted lo entienda en toda esta amplitud. Pues que, si precisamente, Dios ha establecido la autoridad eclesiástica, mal que les pese á los protestantes, por la insuficiencia (digámoslo así), de su divina autoridad, dejada á sí sola tal cual se nos manifiesta en la Escritura, y esto que de una manera tan especial y bondadosa se ocupó en instruirnos y legislarnos en este particular hasta con la misión de su divino Hijo, no alcanzo cómo en asuntos que Dios ha confiado á las disputas de los hombres, pueda ser ella bastante en toda la innumerable muchedumbre de circunstancias que ocurren en la vida humana tomada en toda su extensión ó poco menos en lo concerniente á lo temporal de la misma, que es el objeto de la sociedad civil.

Que el hombre puede elegir libremente y en el momento que guste la sociedad de aquellos hombres que sean de su mayor agrado, y que entre ellos pueda preferir para autoridad la persona ó personas que más le satisfagan, no suponiendo ya ningún compromiso obligatorio, que aquí ciertamente no se supone, tampoco se ve que salga de los límites de la más estricta justicia. Porque quien no puede ser obligado sino por sí mismo mediante un consentimiento que es menester sostenerlo sin retractar, hasta que haya puesto esta condición libre y espontáneamente con respecto á la persona ó personas que á él le pluguieren, no tiene vínculo moral que le impida el ejercicio de su libertad, y careciendo de él está en condiciones hábiles de suyo para el uso de esa misma libertad respecto del objeto que tratamos sin más trabas que las de la ley de Dios.

No quiero pasar adelante sin hacer mención de una dificultad que ocurre en orden á los dos puntos que con usted he afirmado en este segundo comentario. Y es que, así como el estado de ma-

rimonio ó el religioso son libres en cuanto que nadie está *a priori* obligado á abrazar alguno de ellos, y más aún, así como nadie puede ser forzado á abrazar la misma religión de Jesucristo, como repetidas veces lo ha declarado la Iglesia aunque sí está obligado moralmente á ingresar en la Iglesia católica so pena de eterna condenación; mas si uno pretende abrazar la religión católica ó el estado religioso ó del matrimonio, no puede determinar libremente, las condiciones en que forma parte de la primera ó se establece en estado religioso ó matrimonial, puesto que esas condiciones están ya determinadas por Dios inmediatamente ó mediatamente, en atención á que la Iglesia, investida por Dios mismo de la conveniente potestad, las ha determinado bajo la dirección del Espíritu Santo; así también ¿quién sabe si el hombre no es enteramente libre en establecer las condiciones de la sociedad civil en todos y cada uno de los extremos que con ella se relacionan, puesto que tal vez muchas de esas condiciones están ya bien definidas por la misma ley natural por ser requeridas por la íntima naturaleza de la predicha sociedad? Si esto fuera así, la analogía que la sociedad civil guardaría con la religiosa sería perfecta y grande la armonía que guardarían los conceptos de uno y otro orden.

¿Y esta misma reflexión no podría servir para legitimar el derecho con que pretenden los Estados la subordinación de aquellos que no han consentido por acto propio en ser súbditos del mismo, ó que han retractado aquel acto, fundamentando la referida pretensión en que ellos (los Estados) han sido la salvaguardia de los derechos de que actualmente disfrutaban esos mismos súbditos que ahora quisieran desechar de sí el yugo de la autoridad que tanto bien les ha causado, y en que hay que admitir cierta continuación, ó digamos, solidaridad entre los antepasados *maxime* inmediatos y sus descendientes para hacer posible una sociedad civil capaz de conseguir los fines á que ella se ordena?

¿Y no podrían ser fehacientes de semejante orden de cosas los testimonios de las Sagradas Escrituras que mandan obediencia en general á todos los superiores legítimamente constituidos y que no se extralimitan en sus atribuciones, y la doctrina de la Iglesia que proscribela rebelión y el unánime sentir de los moralistas, que afirman no depender la fuerza obligatoria de la ley en caso alguno de la aceptación del pueblo, sino que sin ella y con-

tra ella mantiene siempre su vigor hasta que una legítima costumbre la derogue ó completamente la abroge?

Yo ya veo que precisamente estas ó semejantes consideraciones pueden ser las únicas que pueden contrariar con eficacia á su teoría tomada en su generalidad. La dificultad está en si ellas tienen consistencia ó no. Por una parte las diferencias tan profundas existentes en la constitución de las sociedades que han existido y existen en la actualidad, sin que nadie de los que siguen los principios *comunes* las tache de ilegítimas ó injustas, parece inducirnos á creer que realmente aquellas reflexiones no tienen por apoyo la realidad objetiva moral ó jurídica que es inalterable y que sólo por vía de tolerancia permite sufrir que se le conculque. Como también, tal vez, las muchas tiranías y despotismos de que no sería fácil librarse admitiendo en puridad y plenitud las consecuencias de las mismas y la dificultad, por no decir imposibilidad de determinar las exigencias del bien común, que al fin y al cabo, puede uno procurarlo en el grado que le agrada previamente á todo género de compromiso.

Pero por otra, la manera de hablar de las Sagradas Escrituras y de la Iglesia, y lo imposible que hace su no admisión toda sociedad civil completa y duradera, en la que se den ejemplos de grandeza de alma y de sacrificio, atendida la veleidad humana y su tan reconocida inestabilidad, parecen abogar por la validez de aquellas consideraciones dentro de ciertos límites.

En todo caso, parece que será necesario atender á los bienes recibidos por el vehículo de la misma sociedad, á los males grandes que de la facilidad de deshacerla se seguirían tanto al común de los individuos dirigidos como principalmente á los que pertenecen á las clases directoras de un súbito y no justificado cambio de cosas, mayormente en circunstancias críticas en que peligrase la independencia de la Nación, por ejemplo, que siempre es en sí misma un grandísimo bien ya por importar predominio de la libertad sobre la tiranía y esclavitud, ya también por ser de suyo una garantía de acierto en las funciones de gobierno, y en otras que si no son de tanta trascendencia no dejan de tener influencia decisiva en el bienestar.

Mas de nuevo, ¿todo esto no tiene, ó á lo menos, no puede tener solución satisfactoria y plena en la teoría del contrato bien entendido y debidamente aplicado? Determínese bien lo que se preten

de; establézcanse bases amplias, si se quiere, pero suficientemente claras para que todos se hagan cargo de todo cuanto entra en el contrato, á lo menos de una manera general; añádanse reglas que hayan de servir para dirimir las contiendas ó conflictos que puedan ocurrir sobre el alcance de los compromisos, y otras cosas á este tenor y ¿no quedarán prevenidos todos esos inconvenientes y muchos más que se podrían indicar? No cabe duda que es fascinadora esta teoría. ¡Si el ascendiente que ejerce sobre el espíritu fuera efecto del esplendor de la verdad que en ella brilla...!

Veo que á proseguir por el camino tomado me haría excesivamente difuso é impertinente, y consiguientemente también molesto á V. sin que mis tal vez incoherencias pudieran servir de portadoras de luz para su potente inteligencia. En atención, pues, á esto, y á las múltiples ocupaciones que me absorben la atención, me dispensará V. que aun á ciencia y conciencia de faltar á la formalidad quebrantando lo prometido al principio de estas líneas, me ciña á las afirmaciones contenidas en el párrafo IX, donde V. asegura contenerse la médula y esencia de la doctrina individualista. Seré lo más breve que pueda.

Después de haber leído atentamente este luminoso párrafo observo que no hay casi punto en él á que no haya más ó menos respondido en mis observaciones anteriores, en orden á manifestar lo que yo sentía sobre ellos.

No nace el hombre con la obligación de pertenecer á una Patria, ni menos con la de pertenecer á una Patria determinada, y menos aún con la de estar ligado á ella con vínculo perpetuo. Para negar en absoluto las dos últimas partes de la proposición sería necesario cerrar los ojos á la evidencia. Para no admitirla en su primera parte, habría que probar que los fines impuestos por Dios al hombre ó los medios que en orden á los mismos ha obligatoriamente de practicar no pueden tener su cumplimiento si no es mediante la sociedad. Si esto no se prueba no hay derecho para negarla. Y esta prueba hablando de la sociedad civil como ahora hablamos y no de la eclesiástica, ¿dónde podrá encontrar el apoyo que ha menester? Yo realmente no lo encuentro de *suyo*, considerando en sí la naturaleza humana. Mas considerándola con todas sus necesidades, debilidades, perversidad, etc., etc., parece que universalmente es imposible al hombre caminar con expedición á su fin sin algún género de sociedad aun civil, sin que ésta haya



## LA PASTELERÍA

NOVELA ORIGINAL DE D. EMILIANO DE AÑIAGA

No soy crítico, ni creo que Dios me llama por ese camino: vaya esta honrada declaración por anticipado para que el lector no se llame á engaño.

Mi juicio, respecto de la ingenua y bien escrita obra del señor Añiaga, será un reflejo fiel y sincero de las impresiones que sus capítulos causen en mi ánimo, á medida que los vaya leyendo. Así daré un pequeño resumen del libro para que por la muestra puedan adivinarse sus bellezas y se entre en gana de saborearlas.

Aquí vendría como anillo al dedo una descripción de la personalidad literaria del autor, con la que me acreditaría de erudito en en la literatura exclusivamente bilbaína, que es el género cultivado por el Sr. Añiaga, y en el cual, para honra y gloria suya, es único maestro. Mas, como tal alarde de conocimientos literario-chimbescos, argüiría por una parte pedantería y por otra sería inútil, toda vez que mis lectores conocen, tan bien como yo, al autor y á sus anteriores obras, prescindiendo de la descripción y entro denodadamente en materia con la que se contiene en la

### PRESENTACIÓN

Y lo primero y *de más bulto* con que mis ojos topan (y se fijan en lo más grueso por ser ellos un tanto miopes) es la figura del

gran dibujante bilbaíno Pancho Bringas, sentado en incómoda postura ante un caballete, que sirve de primera letra al capítulo, y, como dice el autor, *enfrascado en su labor...*

Es de notar que el Sr. Añaga, con modestia que le honra, trata de presentar en primera línea la gran figura del dibujante, quedándose el literato detrás. Mas yo, actuando de público justo, hago salir á escena á los dos actores, cogidos de la mano, á escuchar mis aplausos: que tan merecedores son el uno como el otro de la admiración del Bilbao de los bilbaínos.

*El de buena cepa y madura edad, puro de alma y de cuerpo sano, á quien deleitan los recuerdos de otros días venturosos y que se indigna al oír el necio canturreo de esos infames couplets del género ruin,* ese neto bilbaíno, ha de acoger seguramente con aplauso entusiasta una obra en que le van presentando escenas y tipos de aquella *tasita de plata* que lleva retratada en su alma y que hoy se halla convertida en pueblo de mercachifles, *condes*, *caciquillos* é intelectuales de campanario...

Y no quiero seguir por este camino, que me llevaría, en alas del mal humor, á abandonar la obra y, metiéndome dentro del pensamiento del autor, á renegar de estos nuestros días y de quienes á tales andanzas nos trajeron.

Esta presentación de *La Pastelería*, que da comienzo con un retrato de Bringas, sentado en incómoda postura ante su caballete, termina con otro caprichoso retrato del mismo artista en más incómoda ocasión; pues su rostro se halla en parte oculto por un gran pañuelo, denunciador de rabioso dolor de muelas.

Dejémosle con él hasta que se alivie y entrémonos en el primer capítulo, que tiene por encabezado una graciosa morena y por título esta especie de aleluya:

Que empieza rememorando  
y acaba sirimireando...

Rememorando el Bilbao de mediados del siglo XIX, albergue de unas catorce á quince mil almas, en un perímetro limitado por la ría y las calles de Atxuri, Ronda, Cruz, Askao, Esperanza y Sendija, y cuyos barrios más populares y populosos eran los abarcados por la *Siete-calles*; todo ello regido por diez y siete ediles bilbaínos, de casa, porque en aquellos felices tiempos, como dice

el autor, «puestos tan preeminentes y distinguidos no podían estar, ni estaban al alcance de cualquier carretero blasfemador y advenedizo, aunque para ello viniese preparado con vara y todo desde apartado é ignoto lugarón, que han solido darse casos...»

El segundo capítulo, también encabezado con su correspondiente aleluya, nos describe el café Suizo que todos conocemos en la Plaza Nueva, en el mismo lugar en que se instaló allá por el año 1811 con igual rótulo que hoy le sirve de muestra.

En él se dieron las primeras representaciones de ópera italiana, hacia los años 28 al 33, figurando entre los artistas el gran barítono *Ronconi* y el tenor *Sínico*; y por entonces sentó aquí sus reales una noble dama moscovita, conocida por *la Rusa*, casada en su país con un vasco llamado *Saráchaga*. Cuéntanos el Sr. Afiaga que esta distinguida pareja vasco-rusa dejó lucida descendencia que aún habita el país de las estepas.

El café suizo tenía comunicación interior con una tienda de la calle del Correo llamada *Pastelería Suiza*; y junto á ella alquilaron los jóvenes de buen humor un cuartito, al que denominaron LA PASTELERÍA.

En *La Pastelería* se reunían, pues, los jóvenes de más humor y dinero, sin estatutos, reglamento, ni nada que oliera á ligaduras ni dependencias.

Oigamos al propio autor:

«Allí sólo tenía asiento el buen humor, el discreto bilbainesco llevado hasta la *chirenada*, la cultura artística, la juvenil y retozona algarabía, franca, sincera, espontánea.»

Para la organización de festejos, contábase siempre con los de *La Pastelería* y durante los carnavales, solían éstos formar alegres mascaradas y vistosas estudiantinas, una de las cuales se representa en el libro con el correspondiente dibujo de Bringas, quien fué, según nos cuenta el capítulo III, uno de los que más alto supo colocar el nombre de *La Pastelería*, y cuya vera efigie (sin cabellete ni dolor de muelas) aparece de cuerpo entero, ocupando una página del libro.

En el mismo tercer capítulo aparecen los retratos de D. Juan Amann, D. Fernando de Zabálburu y el artista D. Enrique de Aldana, que con el gran Bringas formaban lo más escogido de *La Pastelería*; no siendo en ella de despreciar, por sus diversos talentos, ni el *discutidor omnisciente y popular Txomin Barullo*, ni el nota-

rio Castañiza, ni el poeta José María de Ugarte, á quien se le supone la paternidad de una linda poesía con que termina el capítulo.

A la cabeza del IV figura uno de esos tipos de aldeano, en cuyas líneas ágiles y vigorosas está retratada la admirable raza vasca. Trata aquí el autor de la emigración de nuestro pueblo hacia las Américas y da comienzo á la serie de cartas que los de *La Pastelería* dirigían á dos amigos habitantes á la sazón en México.

El V capítulo describe en el regocijado estilo peculiar del autor, y que tan bien sienta en los relatos chimbescos, el famoso aguaducho de mediados del pasado siglo, durante el cual los bilbaínos vieron tomar posiciones en el Arenal á «la escuadra del *Pacífico... Nervión.*»

En los capítulos VI y VII comienza la que pudiéramos llamar novela con su correspondiente trama amorosa, que tuvo por protagonistas al tímido Dieguecito y á la simpática Belisa, y por teatro de los apuros del primero y de las pasajeras inconstancias de la segunda el que formaron los de *La Pastelería* en una casa de la calle de *Jardines*, esquina de la calle *Nueva*, para los conciertos de la naciente Sociedad *Filarmonica*.

Estos tipos de Dieguecito y del chirenísimo chocolatero y astrónomo *Rebus-canela* están hechos de mano maestra.

También está admirablemente descrita la gira á Deusto y la merienda con su indispensable limonada, de la cual se dan dos admirables recetas.

En el capítulo IX siguen las cartas dándonos noticia de todo lo referente á la *Filarmonica*, que es asunto muy importante de la obra.

En el undécimo capítulo descubre el Sr. Añiaga todas las envidiables dotes que posee para la descripción del tipo netamente bilbaíno, acabando la presentación, ya antes iniciada, del graciosísimo *Rebus-canela*, sietecallero, cristiano á machamartillo, con sus puntas y ribetes de filósofo bonachón y de latino macarrónico. El relato de aquel *Dibursio* relativo á la «muerte violenta que había dado á su cabeza» su amigo el librepensador Bartolomé, no convencido, sin duda, por la elocuente argumentación de *Rebus-canela*, que se afanaba por llevarle al buen camino, es, á mi humilde juicio, de lo mejor que el libro encierra, con encerrar tanto bueno.

Para regocijo de los lectores pondré aquí el epitafio compuesto por *Rebus-canela* para la tumba de su desgraciado amigo:

«Hic jacet amicus meus  
 Bartholomeus;  
 sicut vixit,  
 morixit:  
 sine lex,  
 sine rex,  
 sine Deus...  
 ¡¡¡Pauper Bartholomeus!!!»

Reanúdase en el capítulo siguiente el perdido hilo de la narración de los puros amores de Diegucito con su angelical Belisa, amores á los que abrió un paréntesis el baile de sala dado en el Café Suizo. Presentóse en él un advenedizo, empleado del Gobierno de Madrid, llamado Perogordo y Pérez del Pulgar; que tuvo habilidad para sorber, durante la velada, los débiles sesos de la tornadiza Belisa, pero no para convencer á la mamá, bastante escamada de las noblezas y olivares, que, por gusto nada más, vienen á dar en un empleo de Gobierno civil.

Continúan cruzándose cartas entre Bilbao y América, dándonos cuenta de los progresos de la Filarmónica y con ellos del alto nivel artístico del Bilbao de entonces. En el capítulo XIV se presenta el retrato del bardo Ipañagife y se narra su vida.

Otro de los tipos bilbaínos, perfectamente delineados, es el del popular embalador Manuel San Vicente, hombre honrado y trabajador, buen cristiano y un tanto teólogo.

En el capítulo XVII nos cuenta el Sr. Añaga la prematura muerte del gran artista Bringas, «hijo cariñoso, consecuente amigo, óptimo dibujante, *alma mater* de *La Pastelería*».

Y muerto Bringas, termina también la Filarmónica; y como Dieguito y su adorado tormento Belisa acaban por casarse, la obra del Sr. Añaga llega á su

## CONCLUSIÓN

Y para que mis lectores tomen el pulso al patriotismo vasco del autor, hé aquí un trocito, un dulce, de *La Pastelería*:

«Y sólo se observa (en el año 1908) en la que fué pulcra *tasita de plata*, basura, vicio por todas partes, criminalidad inaudita, gentes extrañas, fortunas colosales, trenes llamativos, muchos títulos... más ó menos consolidados; muchas acciones... más ó menos meritorias; y mucho lujo; lujo aterrador, apabullante, bárbaro... ese lujo que es el emblema del orgullo necio, como el humo es el símbolo del fuego devastador.»

Lector: no quiero decirte qué es lo que más me gusta en la obra del Sr. Afiaga; ni aunque quisiera podría hacerlo, porque me gusta todo. Tampoco te diré si el nombre de novela le cuadra bien, por ser secundaria la trama novelesca, y principal la exposición y descripción de tipos y cosas del Bilbao antiguo, y la presentación de los admirables dibujos de Bringas. Sólo he de decirte, lector amado, que, si eres entusiasta del Bilbao de los bilbaínos, te apresures á comprar *La Pastelería*, en la seguridad de que, aun sin tener ella pasteles y confituras, has de pasar leyéndola ratos dulces y deleitables.

Y con esto y un caluroso aplauso al entusiasta y benemérito bilbaíno D. Emiliano de Afiaga, da por terminada su pobre y triste labor,

GARITZ.

# KISTO'REN ANTZ-BIDEA

## I Idaztija

## II Irakur-gaya

### NORBERAREN APALESPENA

1. Gizon orok berez dira jakin-guratijak; baña, ¿zer onik dagike Jaungoikuaren bildufgeko jakiteak?

Bere burubatzaz aitzurik, izañ-ibilgerak esten darin (\*) jakitun aña baña, Jaungoikuaren jopu dan baseñañ apala ohea da.

Bere buruba dazaunak, bere buruba gutxi-esten dau, ta gizonen ondo-esakunak atsegifen eztautsoe.

¿Zer onik egingo leusket biztoki oroko jakiteak, mañamenik ezpa-dot, nere egipenatzaz etsiko naun Jaungoikuaren aitzian?

2. Jakin-gura neufgiok lotu egikezuz: eratzaz, atzipea ta uskerija dafkezuz-ta (\*\*).

Jakitun-ospea gura-izan daroye jakin-guratijok.

Asko dira goguari on gutxi ala onik-deus daratofkoen jakin-gayak.

Norberaren gaizkakunde-gayan ez ari, ta beste edozelango gayetara adi-izatea, ero-bide utsa da.

(\*) Darin=*ari dan*.

(\*\*) Dafkezuz=*artuko dozuz*.

Itz askotzaz ez da gogorik asetuten; baña bizkera zind̄uaz atse da ulefm̄ena, ta bijotz garbijak jaungoikuaganako zif̄ia getuten dau.

3. Zeure jakimena dan lakua, alango estua izango dozu eskundeā, bizkera done-donia ezpa-daroyazu.

Jakimenak edo zuftasunak bururik ez begikezue afootu; obe dokezu eratzaz bild̄u-izan.

Asko dakizula ta argiro uleftuten dozula ba-deritxazu, eztakizuna askoz geyago dala uste-egikezu.

*Etzadi ofetzaz arotu (Rom., XI, 20)*, baña zeure jakingea autof-tu egizu.

Goikua'ren Lagijaren bafi zeu baño jakitunaguak eta argijaguak bai-dira asko: ¿zergatik, ba, iñor baño obe etsiko dozu zeure buru ori?

Ezaunge ta ezetsija izan bial zara, ezer jakiteto ta on-aftzeko.

4. Irakaspenik ongiñenak eta gofañenak, norbera artez ezautzea ta buruba ezestea.

Geidea beti ondo etsi, ta buruba ezestea, jakite andija da.

Iñor ba-dakutzu, be, giz-aitziñan oben-egin daroyala, ezegikezu zeure buruba baño okefago etsi; eztakizu, ba, zenbait diraukezun zind̄oro.

Jaustijak orok gara, baña ezegikezu iñor zeu baño jaustijago etsi.

Irabiñea:

ELEIZALDE'TAR KOLDOBIKA.

1908'Garila.

## CRÓNICA

El día veinte de Abril último se reunieron en Zumárraga los representantes de Juntas Municipales del Partido Nacionalista Vasco de Gipuzkoa para nombrar su Consejo Regional. En esta importante Asamblea, presidida por la Diputación del Partido, y constituida por la representación de cuarenta pueblos gipuzkoanos, quedó nombrado el Consejo Regional en la siguiente forma: Presidente, don Ignacio de Lardizabal; Vicepresidente, don Aniceto de Rezola; Vocales, don Felipe de Zulueta, don Conrado de Egaña y don Isaac López Mendizabal.

Dos meses después, las Juntas Municipales de Bizkaya, reunidas en el Batzoki de Begoña, votaron los nombres que habían de componer el Consejo Regional del Partido Nacionalista bizkaino. Como entre los nombrados algunos no aceptaron el cargo, dicho Consejo estará formado con los restantes hasta que en otra Asamblea ordinaria recaiga nueva votación, conforme á lo establecido por la Organización del Partido.

Entre las numerosas fiestas de carácter genuinamente vasco celebradas, merece citarse la importantísima y trascendental gira á la histórica Casa de Juntas de Avellaneda, sita en el corazón de las nobles Encartaciones bizkainas y que hirió las más delicadas fibras del corazón de los encartados, haciendo vibrar de entusiasmo su dormido patriotismo. Congregáronse en esta fiesta unas doce mil personas de ambos sexos, todas animadas de gran entusiasmo por la felicidad de Euzkadi, y no se registró el menor incidente desagradable; lo que prueba que el vasco patriota es á la vez el mejor ciudadano.

Otras dos veces se ha representado en el teatro de Afiaga la aplaudida obra de los señores Valle y Etxabe, *Bide onera*, con el aliciente de tomar parte en una de ellas el eminente tenor vasco señor Egileor, que cautivó al numeroso auditorio con la maestría de su escuela de canto y con su voz de purísimo timbre.

También merecen citarse las romerías organizadas por la Ju-

ventud Vasca de Bilbao, romerías ejemplares, á la antigua usanza, sin música chavacana y afeminada y sin *agarraos* indecentes é indecorosos, en los que tan mal parada queda la moral. Todo lo que en las mal llamadas romerías, que suelen celebrarse en las fiestas de los pueblos cercanos á Bilbao, hay de chulapería, de descoco, de inmoral, de mal oliente, tienen, por el contrario las romerías vascas, de morales, de divertidas, de vistosas, de atractivas. Existe entre ambas la misma diferencia que entre un chulo inmoral y repulsivo y un aldeano neto, hermoso de alma y cuerpo.

A principios del pasado Junio tuvieron lugar en el Instituto Vizcaíno los exámenes de las clases de *Euzkera* que con tanto fruto regenta el ilustrado profesor señor Bustinza.

El Diputado provincial don Francisco de Urizar, admirado por los adelantos de los alumnos, pronunció al final de los exámenes frases de aliento para los discípulos y altamente laudatorias para el Profesor.

Este fué, pocos días después, obsequiado por sus alumnos con un banquete, en el que le demostraron su agradecimiento y cariño.

Reciban Profesor y discípulos nuestra felicitación más entusiasta.

## LIBROS RECIBIDOS

En otro lugar de este número se hace una reseña de *La Pastelería*, última producción de don Emiliano de Añiaga, tan bella y regocijada como todas las que han salido de la pluma del benemérito escritor bilbaíno. Véndese en las principales librerías de Bilbao al precio de cuatro pesetas.

*Lurdes-ko Gertaerak*.—En esta obrita relata su autor, el P. Francisco Goñi, S. J., la aparición de Nuestra Señora de Lourdes á la Bernardeta, los milagros de la Virgen Santísima, la ejecución de las obras de la Basílica por deseos de la Virgen, manifestados á la niña, y la coronación de Nuestra Señora.

Recomendamos eficazmente á nuestros lectores la adquisición de este libro, escrito en euzkera gipuzkoano usual é impreso por don Florentino Elosu, en Durango.

LOPE DE AULESTIA.